

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXII

San José, Costa Rica **1936** Sábado 7 de Noviembre

Núm. 17

Año XVIII — No. 777

SUMARIO

Korn, o el filósofo prudente
Dr. Alejandro Korn
Poesías
El caso del Lic. Anderson
España, problema y destino de América
Salidas de Erasmo
James Joyce y su "Ulysses"
Omer Emeth
La gran lección de Waldo Frank

Raimundo Lida
Ildefonso Pereda Valdes
Juan Marinello
Omer Emeth
Juan del Camino

Federico Garcia Lorca
El asesinato de Garcia Lorca
Soneto a Federico Garcia Lorca
A Federico Garcia Lorca
Carta de Marcelino Domingo al General De Castelnau
El rifeño en Extremadura
A los amigos y camaradas de América
Impresiones de una Exposición

Luis Cardoza y Aragon
A. Torres Rioseco
Lino Novás Calvo
Tristán Fernández

Euilia Prieto

Korn, o el filósofo prudente

Por RAIMUNDO LIDA

= De la excelente revista Sur. Buenos Aires, mayo de 1935 =

Si, como cada lector elige sus libros, pudiera cada libro elegir sus lectores, ¿a cuáles se dirigiría esta Summa, estos ceñidos Apuntamientos filosóficos de Alejandro Korn? No nos engañe el título, ni la brevedad—apenas un centenar de páginas—, ni la dedicatoria expresa. Aunque el autor destine a principiantes y aficionados su cartilla de filosofía, ocurre con ella lo que con ciertos cuentos para niños: que más gustoso la leerá quien venga ya un poco de regreso, acaso entristecido por el espectáculo de la eterna disparidad y caducidad de las metafísicas y dispuesto por fin a buscar lo único constante bajo tanta diversidad: el invariable afán metafísico.

Introducción a la filosofía, sí; pero no de las que se proponen estimular impersonalmente la meditación privada del lector. Korn lo declara: Ofrezco sólo el ejemplo de una posición rotunda y definida. Es su propia filosofía la que nos expone sin reservas, es su concepción del mundo, y, más que nada, su concepción del filosofar mismo. No una vaga y provisional inquietud filosófica; si un sistema en alto, valientemente afirmado, total y conclusivo; grave escándalo para los que toman hoy por filosofía la incertidumbre, el temor, la desesperación que padecen—como quien tomara por poesía los turbios aledaños biográficos del poeta.

Contra el fácil reparo de que proponer una cosmovisión más no sea precisamente conducta aconsejable para un desencantado de las cosmovisiones habidas, adviértase que lo que nos presenta Korn es reflexión sistemática y no construcción poemática. O, para decirlo con sus propias palabras, una filosofía y no una metafísica. Su pensamiento, codicioso de experiencia viva, rehuye la tentación escolástica de perderse en un juego de rótulos clasificatorios, y la tentación patética de erigir en metafísica una vieja psicología galvanizada a fuerza de mayúsculas. Inteligencia vigilada es la de Korn, sabedora de hasta dónde llegan sus propios derechos y persuadida de que contra la alta dignidad de la teoría nada dice el afirmar que no sólo de teorías vive el hombre. Pues es contradictorio y admirable destino de la especulación teórica el no contentarse con su propio ejercicio. Sabe mirar en torno pa-



Dr. Alejandro Korn

Falleció en Buenos Aires a principios de octubre pasado.

Dr. Alejandro Korn

= De La Nación. Bs. Aires. R. A.—Envío de P. H. U.=

Con el doctor Alejandro Korn, médico, psiquiatra, maestro de filosofía, desaparece una gran figura de nuestro mundo universitario. Si enunciamos su larga labor en la cátedra, el número y la importancia de sus publicaciones, se tendrá una idea de lo que hizo, de lo que realizó, de las actividades diversas a que se ha dedicado, pero se caracterá de la sensación de lo que era positivamente y de lo que representaba por su caudal de humanidad, por su fuerza de hombre que lo convirtió, por la secreta influencia de virtudes personales, en centro de estímulo intelectual, en elemento aglutinador de inteligencias jó-

(Pasa a la página 266)

ra advertir sus lindes dentro de la actividad toda del espíritu. Sabe que el quedarse funcionando en seco no es el fin más alto a que el conocimiento deba aspirar en los hombres, no nacidos para una fría impasibilidad de ángeles. Sabe que la razón tiene el privilegio de saltar, llegada la hora, fuera de sí misma. Sabe el arte de callar a punto.

Con una renuncia así concebida cierra Korn su prólogo: renuncia de teórico al primado absoluto de la pura teoría—¡qué mayor sacrificio!—, reconocimiento de que "la razón no basta para tener razón". Que el lector de esas páginas, se nos previene, si se interesa por los problemas esbozados en ellas, pase a la lectura de los grandes filósofos. Pero quienes no se sientan llamados no se alarmen, pues precisamente esos no se alarmen, pues precisamente estos no son los teoremas abstractos, sino la constancia y la probidad de la acción.

Lo importante en la vida... Quien debe decidirlo es precisamente la inteligencia, la sola capaz de juzgarse. Y en estos problemas últimos la inteligencia siempre se pronuncia, transformando en conclusión lógica el impulso prelógico, por algo que le es anterior, que la mueve y alimenta. ("On prouve tout ce qu'on veut", piensa Alain, "et la vraie difficulté est de savoir ce qu'on veut prouver"). En Korn la inteligencia, puesta a decidir, se pronuncia por lo ético.

Pero la entraña dramática de estas filosofías en que la eticidad prevalece es que ni la propia tarea de filosofar escapa al rigorismo. Definir la normas del filósofo honesto y atenerse a ellas con estricta vigilancia es preocupación que aguija incansablemente el espíritu de Korn. ¡Cuidado! No le desvien las mil tentaciones estéticas que acorchan a cada paso: tentación de simetría, de énfasis, de lanzar a todo escape la máquina lógica, aunque sea al vacío. Por otra parte, ¡cuidado con que el filósofo no pase de filósofo! El conocimiento humano no tiene, no debe tener en sí su último fin. Si el hombre no es puro intelecto, ¿cómo han de bastarle los tristes dones de la especulación pura? ¿Cómo no subordinarlos a su aspiración al bien bajo especie de universalidad? ¿Cómo estimarlos siquiera si no

miran a justificar o preparar el paso a la acción, creadora de valores, como con tanta insistencia subraya Korn? Es filósofo, parece decirnos, no quien puede, sino quien necesita serlo; quien, para su dicha o desdicha, no se contenta con tener convicciones, sino que se siente forzado a reflexionar sobre ellas y examinarlas por todas sus caras. Pero mal filósofo aquel que, por el camino de esa misma reflexión, no concluye que el realizar las propias convicciones importa más que el pensarlas y repensarlas descansando regaladamente, como el personaje de Dostoievski, en el blando estómago de su cocodrilo.

Lo ético manda en Korn. Nadie más alerta que él para denunciar cuándo el ejercicio teórico se convierte en un baldío deporte de ociosos. Se le advierte airado, se le oye prorrumpir en el *stultitia apud Deum!* de San Pablo contra quienes, llegado el momento de obrar, prefieren seguir destilando infinitamente doctrinas sobre "lo que debemos hacer", bajo pretexto de que no ven todavía claro y de que aun subsiste la posibilidad de ver mejor. Como si tal posibilidad no subsistiera siempre y como si amidar en ella para quedarse tejando y destejiendo propias no delatara la más firme voluntad de no ver.

Lo ético manda en Korn. Claramente lo prueba su actitud ante las formas de lo que él llama pensamiento místico. Si religiones y metafísicas le interesan por lo que nos dicen del hombre, el motor ético late también en ese interés. Ciertamente, nada más instructivo para el conocimiento del alma que descender hasta la raíz psíquica y vital—enmarañada trama de afecto, fantasía y voluntad, de visión consciente y oscura zozobra—de donde han brotado los sistemas míticos. Es esta una de las ideas más fecundas que, a través de Nietzsche y de Dilthey, nos haya legado el espléndido siglo diecinueve. Pero si con tanta curiosidad se asoma Korn al conflicto entre la pretensión de validez general de los sistemas y sus inevitables limitaciones, o entre el anhelo de inmortalidad y las mil formas históricas en que se ha manifestado, es ante todo porque le estremece el pensar a qué grandezas y a qué miserias puede llegar el hombre merced a su extraño don de crear fantasmas y de vivir, morir y matar por ellos.

Poner en claro ese conflicto eterno es el camino mejor para orillar sus peligros. Korn comprende la emoción religiosa, convencido de que el hambre de la divinidad perdurará mientras haya seres capaces de mirar en redondo y sentir su propia pequeñez; pero, convencido también de que no basta tener hambre para tener pan, distingue entre la intransferible subjetividad del anhelo religioso y la presunta objetividad de los sistemas mitológicos que de allí derivan. Comprende la angustia como peripecia de almas individuales; se alza contra los poetas metafísicos con que dicen explicar el universo los sacerdotes y mercaderes de la angustia.

No es difícil conciliar lo persistente de la metafísica con lo efímero de las metafísicas si se mira nacer la debilidad de los sistemas precisamente en la índole del pensamiento metafísico-sistemático: en el afán de explicar la totalidad del mundo por alguno o algunos de sus aspectos—como sagaz-

mente observó—Wilhelm Dilthey en su *Weltanschauung und Analyse des Menschen* (y antes que él Friedrich Engels en su crítica a Federbach). La historia de la filosofía suele aparecer, a los ojos del lector desprevenido, "como un gran cementerio"—valga el testimonio de aquel amigo inconsolable de Brentano. Los sistemas, tomados en bloque, son, en sí, contradictorios y sólo se explican como toda obra de arte (pues son, en efecto, obras poéticas), por la irrepetible individualidad de sus creadores. Por el contrario, las intuiciones filosóficas aisladas en que cada metafísico basa su explicación universal informan objetivamente sobre los variados aspectos del mundo. Y son esos atisbos parciales los que, completándose, hacen de la filosofía un saber científico y los que pueden eximir a la historia de la filosofía de su condición de cementerio. Una historia de la filosofía así pensada sería historia de una ciencia en progreso, mientras que la de los sistemas metafísicos, o aquella en que la filosofía y metafísica se confunde, es, a fin de cuentas, historia de un género literario.

Voces dispersas, entre las más prestigia-

das de la hora actual, coinciden en exigir a la filosofía el rigor de la ciencia. Korn lo exige, ante todo, en nombre de las obligaciones morales de tal alta forma de conocimiento. El coraje de la verdad, primer deber del filósofo concide mejor con una humilde sumisión al objeto que con una fantasía temeraria. ¿Para qué la temeridad, demasiado fácil en filosofía? La difícil virtud del filósofo debe ser el ascetismo y prudencia. Es, qué duda cabe, la virtud de Korn.

Un pesar me queda: el de no poder reflejar—sustituyendo estos renglones míos por páginas de Korn—la lúcida arquitectura de su libro, la amable forzosidad con que los temas se van llamando unos a otros, y el idioma magnífico en que han sido pensados: un español hispanísimo a fuerza de ser el de la Argentina, el de Buenos Aires, el de Alejandro Korn. Pero vaya principalmente un elogio a la pasión, apenas gobernada, que agita cada una de sus frases. Oímos su voz, vemos su ademán. Esa voz cálida y ese ademán vehemente que hacen del viejo maestro el más joven, el más juvenil de los filósofos argentinos.

Poesías de Ildefonso Pereda Valdés

— Envío del autor. Montevideo, Uruguay, octubre del 36 —

A Federico García Lorca

Te mataron bandoleros
no los de Sierra Morena.
¡Que tienen sangre en las venas
y aman la luz y la vida!

Ni gitanos, ni cantores
diéronte esa muerte negra,
¡que ellos afilan puñales
para venganzas más nobles!

No leales, sí traidores.
Tu muerte fué una emboscada
entre sórdidas paredes
y andar fingido de sombras.

Manos fueron de españoles,
los fusiles italianos;
el alma de moro alevé
la orden de un rey sin trono.

Llora España con tu muerte
la pérdida de Granada,
que una ciudad y un poeta
al mismo tiempo se pierden.

¡Que te entierren en la arena
como lo pide tu canto
junto a tu fina guitarra
entre naranjos y nardos!

Tu epitafio sea una copla,
en esta boda de sangre
con tu negra desposada
que la traición te dió en arras.

¡Que España lave esta mancha
o que se pierda tu España,
que tu canto se fué en sangre
la muerte te hizo héroe!

Romancillo

Que se van tus ojos
tras el monte aquel,
no quedó tu amado
preñado en la red.

Se quedan las noches
tan solas sin él,
y tú ya no duermes,
y el ladrón se fué.

Por montes y llanos
rondaba el pesar:
ya todos lo saben
¿por qué no vendrá?

Noches sin venturas
días de penar
¡que la vida tiene
prisiones de azar!

Bajando hacia el monte
te han visto llorar,
y alegres cantores
lo van a contar.

El surco del labrador

La tierra ya está reseca,
se agrieta y el pajonal
se quema con el incendio
del ardor tropical.
La tierra no está plantada
se extiende larga y quebrada
como un erial.

El labriego no cosecha
para él:
son otros los que se llavan
su trigo candeal.
Raíces y espigas rotas
es el fruto total,
y el oro en parvas
huye hacia la ciudad.

Aquí está su tierra seca,
su rancho y flaco rocín,
del otro lado la estancia
que no limita el mirar.
Crece el ganado en los campos
y basta sólo un capataz:
en la ciudad están los amos
cobrando renta y solaz.

El caso del Lic. Anderson

= Nota editorial.—Costa Rica y noviembre del 36 =

Creemos conveniente hacer algunas breves reflexiones acerca de un pequeño suceso relacionado con los actuales acontecimientos que conmueven a la República española. El mundo está tan íntimamente unido a estas horas, que los hechos de una nación como España, que podrían ser propios y exclusivos de ella nada más, trascienden hasta comprometer en forma más o menos sensible a pueblos como el nuestro, característicamente pasivo. El Lic. don Luis Anderson, conocido en el continente americano por su actuación diplomática y reputado como internacionalista y actualmente Profesor de Derecho Internacional en la Escuela del ramo, desempeñaba el honroso cargo de consejero legal, entendemos nosotros, de la Legación que tiene acreditada ante nuestro gobierno el de la República de México. Con motivo del levantamiento de los militares españoles contra el gobierno de la República, el Lic. Anderson hizo públicas algunas manifestaciones favorables a los llamados rebeldes que, necesariamente, tenían que traducirse por la autoridad personal de quien las hacía, en el propósito de crear buena opinión en el ánimo de nuestro gobierno en el afán sentido por los grupos afectos a los militares levantados de obtener de los gobiernos del mundo el reconocimiento de la rebelión. Como consecuencia de esa opinión, enterado el Gobierno de México del hecho, retiró al señor Anderson de las funciones para las cuales utilizaba sus servicios.

El hecho aparenta ser puramente personal, pero hemos adelantado varias insinuaciones, como antecedentes, para colocarlo en su verdadero lugar. Por lo tanto, queremos advertir de antemano, que nuestro objeto es tratar esta cuestión por lo que ella tiene de valor internacional, y que bajo ningún concepto queremos decir nada de que pueda resentirse el señor Anderson personalmente.

Lo de España ofrece problemas delicados de Derecho Internacional. Es más aun, plantea, casi en primer término, una cuestión fundamental de Derecho Internacional: ¿pueden o deben las naciones civilizadas, vinculada por propia voluntad y por necesidad humana al derecho internacional, intervenir manifiestamente en la organización o reorganización del Gobierno de otra nación, con la cual se ha

estado viviendo en términos de amistad internacional, y pueden o deben, para lograr eso, prestarle ayuda ostentadamente a un grupo de individuos que se declara en abierta rebelión contra el gobierno legalmente constituido de su propio país? Este es un problema. Precisamente, problemas de esta naturaleza, justifican el anhelo universal de crearse, entre las naciones, reglas de derecho que permitan dos cosas: primero, la libre gestión de los intereses propios por cada país, y segundo, determinación de los límites de la acción de unas naciones sobre las otras. Por obtener estos objetivos, entre otros muchos no menos superiores y altamente morales y necesarios para las buenas relaciones entre los pueblos cultos, se ha venido trabajando empeñosamente por crear lo que hoy se llama Derecho Internacional. Proceder en contra de estos ideales, es negar sencillamente el derecho internacional. Es, en frente de un problema de esta especie, que importa el hecho relacionado con el señor Anderson. El señor Anderson, entre nosotros y con muy pocos de nuestros hombres, profesa el derecho internacional,

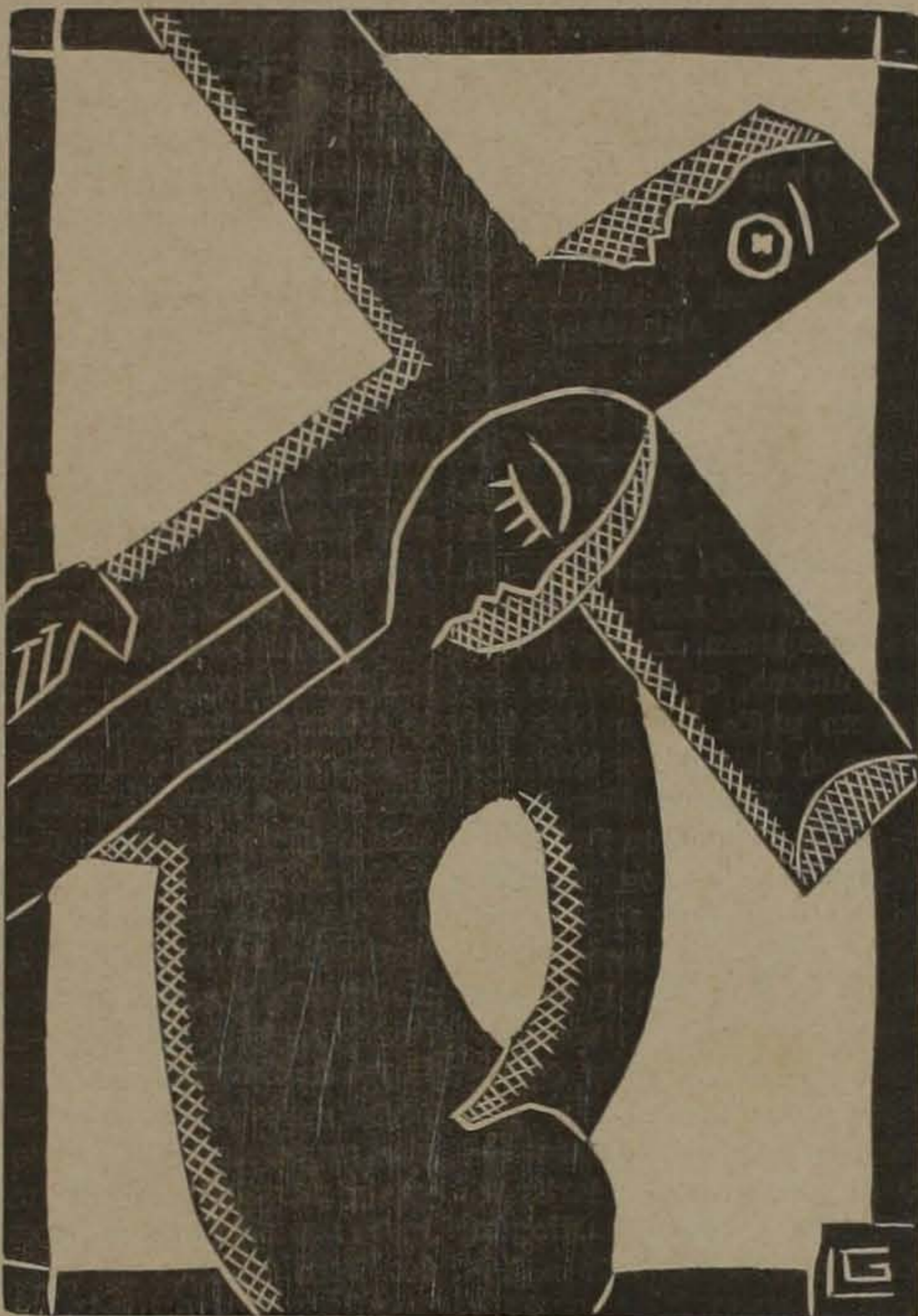
lo sabe, lo enseña, lo cultiva como una actividad de su vida y sirve a su país en ese orden de aspiraciones, de empeños, de ideales. El derecho internacional es, después de todo, la protección de los pueblos pequeños como el nuestro. Los pueblos grandes lo viven en la medida de su buen sentido moral, pero si mañana necesitan olvidarlo, lo olvidan sin más riesgos que las consecuencias de una lucha armada para lo cual se preparan debidamente. Los pueblos pequeños no pueden hacer otra cosa que atenerse a los principios, normas, doctrinas que se van poco a poco delineando como plan de una vida de orden y de justicia universal.

El problema de España no se analiza, por la mayor parte de las gentes. Se acepta como una fatalidad. Por ejemplo, lo aceptan los sacerdotes de la iglesia católica con un absoluto olvido de antecedentes, y nada más que bajo la impresión de que el sacerdote vivía mejor, atesorando bienes y manteniendo al pueblo bajo la siniestra sugestión de las fuerzas infernales, durante los días del gobierno monárquico; lo aceptan, desde

luego, los grupos, bastante reducidos por cierto fuera de España, de personas que no confían en la democracia y que desean dictaduras o fascismos de última moda; lo aceptan a ciegas, en una lamentable sumisión a tradiciones y a servidumbres espirituales, los grupos de gentes que viven a la sombra de las sacristías, formando congregaciones o cofradías de hermanos religiosos. Pero el problema de España debe ser analizado, para ser comprendido y sobre todo, para ser apreciado en lo que tiene de inhumano, de injusto y de censurable desde el punto de vista de principios, doctrinas y reglas reconocidas como morales por los hombres cultos de la tierra.

En España había un gobierno, y hay, hasta en este momento, legalmente constituido. Bajo las normas de organización de ese gobierno, se movían los partidos políticos en las alternativas propias de la actividad política de la hora presente. Por virtud de ese movimiento, un día gobernaron los grupos llamados de derecha. Por virtud de ese movimiento, llegaron al poder los grupos conocidos con el nombre de izquierdas. Esto era lo racional. Es verdad que la política tiene horas inquietantes, pero los pueblos con grande experiencia política no se desesperan de estas situaciones. En España, se creyó que la exaltación de las izquierdas era la fatalidad. La verdad justa es que la exaltación de las izquierdas hacía posible plantear ciertos problemas sociales impostergables para España, como por ejemplo, una mayor cultura popular y una distribución racional de la tierra entre los pueblos agrícolas. Entonces los militares se levantaron. Menos mal, que en su rebelión hubieran respondido a ansiedades estrictamente españolas. Por dura que fuera la situación, hay que aceptar la lucha, porque la historia es un juego de intereses nuevos en contra de viejos intereses. En un momento determinado aparece el conflicto y hay que zanjarlo, si por la justicia, con la justicia, si por la fuerza, con las armas.

Pero los militares españoles cometieron el error de ponerse a servicio de dos gobiernos extranjeros, el de Italia y el de Alemania. Hablamos de cosas conocidas, pero las reiteramos porque ellas están en la esencia del actual problema español. Alemania e Italia no quieren, no di-



Pariente

Madera de Laporte

gamos gobiernos revolucionarios en Europa. No quieren ni siquiera gobiernos democráticos. No hay necesidad de insistir en esto. Esos dos países dan el espectáculo monstruoso de negar, casi de pisotear lo que la cultura política iba alcanzando por obra precisamente de la libertad civil y de la enseñanza universitaria, es decir, el régimen de gobierno popular. Han consagrado, y es ridículo hasta pensarlo, no sólo la dictadura pura y simple que se practica en América Latina, sino el gobierno providencial que han condenado las mejores inteligencias del mundo. Dos hombres comunes, casi desconocidos hasta cierto momento, se ofrecen como semi divinidades a pueblos asombrados y sorprendidos. No les basta esto. Ellos quieren que todos los pueblos busquen en los bajos fondos sociales, esta especie de Calibanes que llenen de terror sagrado a las muchedumbres y que las obliguen a gritar: ¡Salve César! Lo que ellos propugnan es la doctrina de la salvación y para ello es necesario siempre, un salvador. Consiguieron para España un salvador en el General Franco. Pero es un salvador que llega protegido por tanques Bébé italianos y por aeroplanos Junkers alemanes, para destrozarnos ancianos y niños españoles y ciudades españolas como condición necesaria para salvar a España.

Ante esta monstruosidad internacional, el Gobierno de México tuvo la extraordinaria fortuna de no vacilar. En medio de un naufragio de ideales, de principios, de aspiraciones, México queda como una alta columna de orientación. Desde el primer momento se puso de lado del Gobierno legal de España y no ha negado su ayuda decidida para salvar en el Gobierno español y contra las fascismos europeos, el principio de soberanía nacional, sano de por sí, y el no menos sano principio de respeto entre las naciones.

Para el Lic. Anderson todo esto es tan sencillo como una lección de derecho internacional que él no tiene que aprender. Pero estamos seguros de que en su cátedra no podría enseñar otra cosa. Se trata de verdades relativamente definidas y cuyo menor olvido implica el desconocimiento del ideal internacionalista. Es el ideal internacionalista el que necesariamente profesa el Lic. Anderson, es el ideal internacionalista el que quiere llevar al ánimo de sus alumnos. Pues bien, el señor Anderson, propugnando por los militares rebeldes españoles protegidos de

Alemania e Italia, se puso en una delicada situación en el cargo que venía desempeñando a servicio del Gobierno de México en su Legación de Costa Rica. Es decir, en buenas palabras, era una condenatoria de la política del gobierno mexicano. No cabía en tal respecto más que dos soluciones: o que el Lic. Anderson declinara la posición que estaba desempeñando o que el gobierno de México dejara de utilizar los servicios del Lic. Anderson.

El Lic. Anderson ha justificado recientemente su conducta alegando entre otras razones la de que el Gobierno de México no le cobró la opinión dada por él en la cuestión de límites entre Colombia y Perú. Los dos hechos no se comparan. Desde luego, en este último, el Gobierno de México no podía tener otro interés que el de que los tratados suscritos se respeten. Nos parece que el Lic. Anderson fué también invitado a dar su opinión acerca del reconocimiento del General Martínez como Presidente de El Salvador. Pero en este caso las cosas no trascendieron hasta el carácter de un conflicto internacional. Los gobiernos que han querido reconocer al gobierno de Martínez, lo han hecho libremente. Ningún gobierno estaba obligado a hacerlo. Tampoco podrían compararse las dos situaciones. En El Salvador había desaparecido el gobierno legal. En España no ha desaparecido el Gobierno legal. México al prestar ayuda al gobierno legal español está dentro del plano del Derecho internacional. Tampoco esto lo ignora el señor Anderson. Mucho se

han empeñado los militares rebeldes por obtener el reconocimiento de los Gobiernos. Pero, hasta en estos momentos no lo han logrado, que nosotros sepamos. Ni siquiera han sido reconocidos, para darles beligerancia, por los gobiernos que manifiestamente los protegen, el de Alemania e Italia. Después de todo, el derecho internacional es algo. Ese algo resulta de que haya naciones que quieran su realidad como México y aun Inglaterra y Francia; resulta de que haya hombres que en cada país se pongan de lado del ideal internacionalista. Se puede afirmar que en Europa hay un conflicto sostenido entre las naciones que aspiran a defender el derecho internacional contra las dos naciones que manifiestamente están contra la democracia y contra el derecho internacional que es una consecuencia del régimen democrático, es decir, del régimen humano de libre expresión de voluntad popular. Mussolini ha podido conquistar a Abisinia, pero no con la aquiescencia de las naciones cultas y libres de Europa. Ha podido hacerlo aprovechando circunstancias especiales del mundo europeo y prevaleciendo de una injusta superioridad de armamentos. Pero Abisinia no le pertenece a Mussolini. El pudo gritar un día que después de la conquista de Abisinia, Italia pertenecía al grupo de naciones satisfechas. Pero mientras haya naciones europeas dispuestas hasta el sacrificio para defender los postulados del derecho internacional, la conquista de Abisinia es ilusoria para Mussolini, es algo más que

ilusoria, es trágica. En ella Mussolini ha advertido al mundo que hay un ideal que salvar.

Ese ideal es el que se está salvando en España. Mientras haya derecho internacional, ni Italia ni Alemania impondrán su voluntad en España. Porque así lo comprende el Gobierno de México es por lo que no ha negado su apoyo al gobierno legítimo de España. Admitir o tolerar que gobiernos desatentados o desgobiernos pretendan organizar la política de las naciones imponiendo dictaduras providenciales, es admitir que el derecho internacional es una ruina y que no vale la pena gozar de honores bajo su protección.

Esto mismo es lo que a nosotros nos importa. Nuestro país deriva su fuerza, moral y su respeto como nación de la manera como sienta sus obligaciones internacionales. Afortunadamente siempre ha procedido con un sano criterio, lo que la ha hecho estimable ante el mundo. Triste espectáculo el suyo y triste destino, si en vez de mantenerse dentro de los principios, levantara la mano para saludar en Alemania e Italia la negación de las dos doctrinas humanas más nobles de los últimos tiempos: la democracia y el derecho internacional.

La última razón que ha podido tener México para proceder en el caso del señor Anderson, es el hecho de prohijar ampliamente la doctrina Estrada, por virtud de la cual el reconocimiento de gobiernos extranjeros no debe constituir una regla de política internacional. Al amparo de la doctrina del reconocimiento se cometen errores en perjuicios de los pueblos pequeños, sea negándoles el derecho a defender sus gobiernos legítimos, sea obligándolos a sufrir gobiernos de asalto. Es indudable que mientras en un país exista una representación del gobierno legítimo, se le debe defender como expresión de voluntad nacional. México, al hacer eso con el Gobierno de España también procede con espíritu internacionalista.

El Gobierno de México es natural que no se sintiera con el derecho de exigir al Lic. Anderson que profesara sus mismas doctrinas, pero desde el momento en que se dispone a hacer una afirmación en el mundo internacional, es lógico que pida consecuencia de sus colaboradores; de otro modo, y por simples cortesías sociales, comprometería su propia resolución que aspira a convertirse en doctrina de relación entre los pueblos.

Amor y ornitología

El profesor Andrew Lloyd—dice una revista de Toronto—estudió en el transcurso de varios años, en las florestas de Canadá, las costumbres de los pájaros. El señor Lloyd es un sabio sentimental. No le interesaba la ornitología desde el punto de vista de la clasificación o de las especies, sino bajo el aspecto más íntimo de la vida de esos seres pequeños y armoniosos. Ha descubierto pájaros que tienen el sentido de la cortesía y se saludan, ceremoniosos y alegres, con breves gorjeos; pájaros que cultivan el aislamiento y prefieren, al vuelo colectivo en la aurora, el sombrío retraimiento en el ramaje de las araucarias; pájaros joviales, con el don de la caricatura, que imitan a los cantores y, finalmente, el pájaro que abandona el canto al enamorarse, si la hembra lo desdeña. Vuela alrededor de su nido, la acompaña en los largos trayectos, silenciosamente, con la tenacidad lúgubre de los románticos de 1830. Ante la insistencia del desvío, deja de alimentarse, y muere de penas de amor. El señor Lloyd es un investigador escrupuloso. También quiso describir sus sentimientos de felicidad. Se manifiesta en expresiones melodiosas de júbilo. Ronda la rama en que le esperan, antes de caer la tarde, le muestra en el pico las briznas de hierba con que constituirá el nido, en el vástago más eminente del árbol, realiza en su presencia pruebas acrobáticas, se eleva, desciende en caídas vertiginosas, traza círculos y espirales en el espacio. Y en el amanecer del día definitivo, levantado ya el nuevo hogar, se dirigen juntos, separados apenas los cuerpos para poder agitar las alas, al sitio en que se radicarán. En la travesía nupcial el pájaro anuncia su dicha, no con el cántico, sino con un grito agudo que atraviesa el firmamento y despierta a la selva que se pone a cantar. El profesor Andrew Lloyd ha hecho con su ciencia un insigne servicio a la poesía, en nombre de la cual le debemos gratitud.

(Alberio Gerchunoff. En *Caras y Caretas*. Buenos Aires)

España, problema y destino de América

Por JUAN MARINELLO

— De la revista *Futuro*.—México, D. F., octubre de 1936.—Envío del autor—

Ya no caben dudas de que España es el punto culminante del mundo y que en sus campos y ciudades se está decidiendo no sólo el destino de un pueblo sino la liberación definitiva del hombre. De todas partes se mira hacia España con ojos apasionados. Todos, desde su orilla, están echando leña al gran incendio. Cada acción de guerra, cada avance o retroceso de las fuerzas en pugna, hacen temblar de ira o de esperanza a millones de hombres.

España es interés y pasión del mundo. Pero, específicamente, interés y pasión de nuestras tierras hispanoamericanas. Hay en lo español, a despecho de las distancias de tiempo, raza y naturaleza, una dimensión de nuestro destino; lo que dice una obligada relación de procesos económicos y sociales. A la impronta de la Colonización ha seguido, durante más de un siglo, una profunda relación de cultura amarrada al firmísimo soporte del idioma. Ciertas minorías radicalmente distintas de nuestras masas han podido beber información y sabiduría en fuentes germánicas, inglesas y francesas. El pueblo curioso se ha visto torzado, por razón de la lengua, a buscar lo universal a través de lo español. Esto ha significado, no lo neguemos, desorientación y retraso. España no ha sido, en el siglo último, tierra pionera, ni su sentido económico, vital, dechado estimable. Pero, las cosas no podían ocurrir de otro modo y el propio retraso de nuestros pueblos, retraso con origen hispánico, era como la vía natural para el maltrato español. ¿No hay más camino para el mundo que el que marca la cultura hija de Europa, y nosotros, Hispanoamérica, entendemos el ritmo europeo occidental a través de lo español! España ha sido conocimiento enraizado en lo profundo de nuestro espíritu. A lo español, se ha resistido tercamente, con el rencor de la derrota, lo autóctono de nuestros pueblos, pero sólo por esa punta enérgica hemos conocido el ritmo dominante de la tierra.

La lucha entrañable entre lo hispánico y lo indígena ha traído a la América nuestra una impregnación definidísima, singular, de los valores progresistas y reaccionarios de España. El catolicismo, que norma un largo momento español, se descubre hoy, como supervivencia deleznable, en buena parte de nuestras masas desvalidas y no hay que decirlo, en la burguesía de mentalidad feudal e inquisitorial de nuestros países. Al propio tiempo, la rebeldía de nuestros obreros, su sentido de honda responsabilidad, su culto a la libertad y su coraje heroico, enseñan indelebles fermentos hispánicos. Como nunca, ha aflorado la comunicación recóndita en estos días épicos en que España es la clave del mañana. En el apoyo cuantioso se prestan el latifundista, el clerical, el fascista hispanoamericano, a los rebeldes de España, hay mucho de su rencor desaparecido contra las masas hispanoamericanas que han roto con duro esfuerzo su inhumano dominio. En la simpatía desbordada, honda, sincerísima, del proletariado de México, de Cuba, de Venezuela, de Argentina, de Ecuador hacia el pue-

Dibujo de almohadón, por Bagaría



—Pakarito rial para España, no para Portugal

blo de España hay mucho de recuerdo de su propia herida, de los efectos causados en su carne por un grupo dominador que, en lo central, es el grupo fascista español. ¿Cómo no ha de recordar el indio maltratado, el guajiro pisoteado, el negro maldecido, esta fisonomía del obispo español, cebado y millonario ante el hambre de los más? ¿Cómo no ha de encenderse en limpia indignación al descubrir en el señorito al latifundista del Andalucía, al padre, al hermano al hijo de que le rasgó las carnes en sus plantíos americanos?

El hecho indefectible de nuestra hispanización intelectual, de nuestra similitud de criterios matrices y nuestra comunicación de justicias e injusticias, ha de tener—tendrá—, su instante feliz, su momento de superación salvadora. Esta apasionada comprensión, que corre ahora por el curso subterráneo que forman siglos, es para Hispanoamérica una firme garantía de triunfo revolucionario. Porque no puede dudarse del triunfo del pueblo español sobre sus esclavi-

zadores. Yo no he dudado jamás ni concibo la duda de ese triunfo. Una batalla puede decidirse contra el pueblo. Y aún una campaña. Quizá una guerra. ¿Qué importa? Bien saben los fascistas españoles que su reino ha tocado a su final y que su dominio momentáneo no significa otra cosa que una derrota más radicalmente exterminadora. Contra recursos falsos, artificiales, abominables, como el de traer tropas moras y bandidos internacionales a acuchillar mujeres y niños, se levanta la justicia del pueblo. Esa justicia, ese triunfo, quieren decir derrota del fascista español, hermano del fascista de nuestras tierras y su más ardoroso colaborador. El triunfo del pueblo, del proletariado de España, significa, por lo tanto, un debilitamiento cierto de la reacción hispanoamericana, una ventaja revolucionaria específica para nuestras masas. Por un mecanismo fácilmente explicable, los numerosos españoles asentados en nuestros países vendrían a ser rápidamente aliados magníficos, por su valor y su comprensión, de la libertad verdadera de nuestros trabajadores. El grupo, numéricamente pequeños, de españoles adinerados y reaccionarios se vería bien pronto cercado, asfixiado vencido. España sería su enemiga. Nuestros pueblos aleccionados y confortados por la lección española, también lo serían. El comerciante español perdería esta nefasta influencia que tiene aún en nuestras ciudades y campos, y que acaba de ser denunciada magistralmente por mi entrañable León Felipe.

El triunfo de España, del pueblo de España, importa al mundo y es un instante crucial en el futuro de los hombres. Pero intensa de modo singular a Hispanoamérica. Bien lo han entendido racionarios y revolucionarios de nuestros países. Mientras los gobiernos antipopulares de Argentina, Uruguay y Brasil —sables sostenidos por imperialismos—, deciden una acción común contra los izquierdistas españoles negando asilo a los que pretendían residir en sus territorios, mientras en el dócil y corrompido Congreso cubano se propone por numerosos senadores, el reconocimiento del Gobierno de Burgos, mientras el Presidente Cortés, de Costa Rica, expresa sin ambages, su simpatía hacia los insurgentes de Toledo y Sevilla, los gobiernos progresistas como el de México, apoyan a España en su camino de superación. Es que unos y otros saben lo que será para sus intereses el triunfo de su bando. El pueblo de nuestras Repúblicas, víctima en la mayor parte de las mismas opresiones monstruosas que alientan en el ánimo de los fascistas de España, debe entender hasta lo hondo la trascendencia que puede tener para él una derrota de la democracia y la libertad en España. A la arbitrariedad, a la injusticia que ahora se desborda sobre la masa indohispánica se agregará la de un poderoso concierto internacional de voluntades abusivas y torvas. La derrota del pueblo español será nuestra derrota. Hagamos el más enérgico y decidido esfuerzo por su triunfo, que es nuestro triunfo.

OCTAVIO JIMENEZ A.

ABOGADO Y NOTARIO

OFICINA:

50 varas al Oeste de la Tesorería de la Junta de Caridad.

TELEFONO 4184 APARTADO 338

Salidas de Erasmo

— En el *Elogio de la Estulticia*. Traducción de Julio Puyol. Madrid, 1917 —

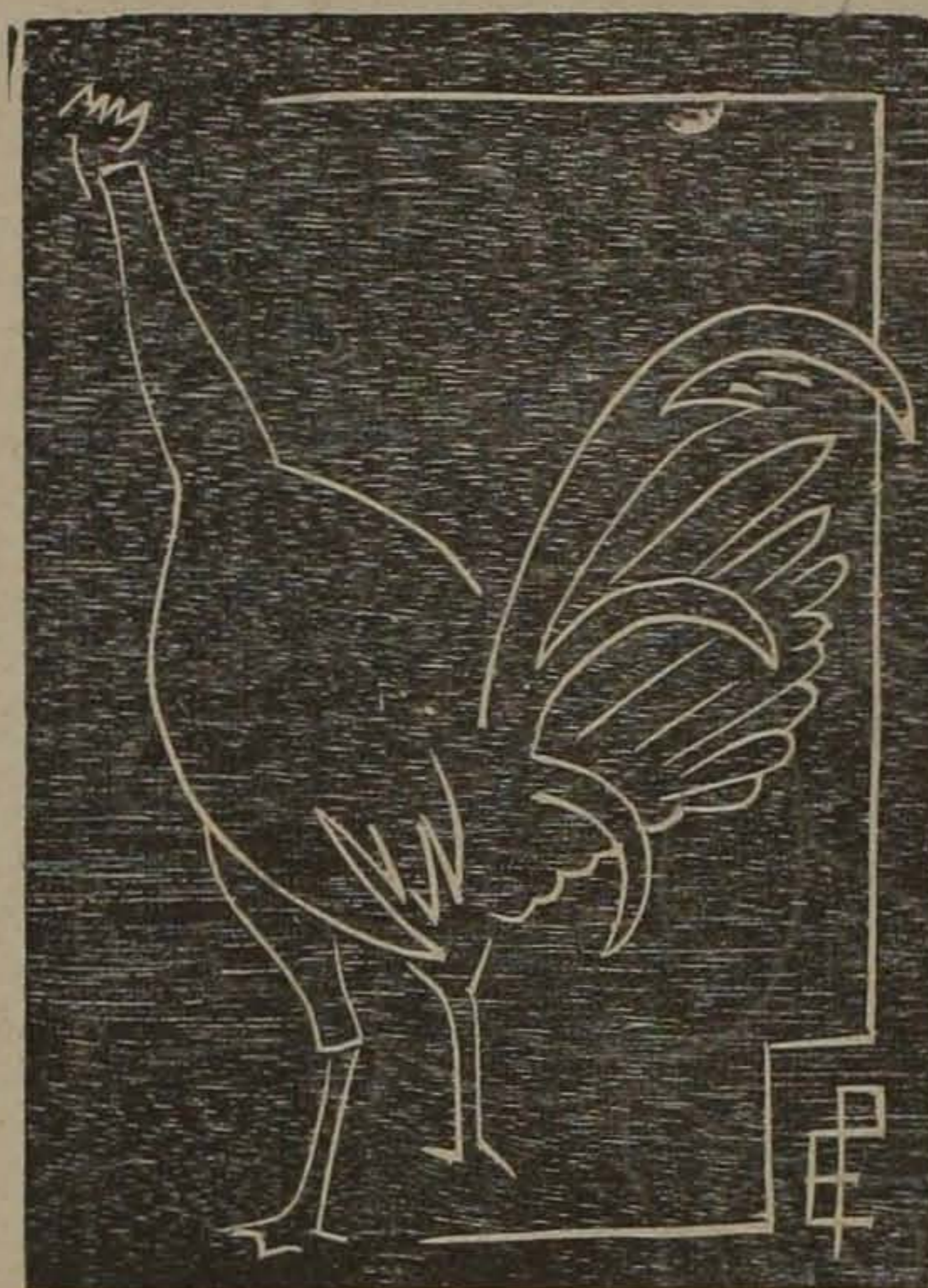
Habla la Estulticia:

Me ha dado hoy la ventolera por hacer un poco de sofista, aunque no del género de éstos que en los días que alcanzamos atiborran de majaderías la mente de los niños, tornándoles más tercos que mujeres cuando disputan, sino de aquellos otros de antaño, que para evitar el descrédito en que había caído el nombre de sabio, prefirieron llamarse *sofistas*, y cuyo oficio consistía en celebrar y encomiar a los dioses y a los nombres ilustres. También ahora váis a oír un elogio; pero, en vez de ser el de Hércules o el de Solón, va a ser el de mí misma; es decir, el de la Estulticia.

Habéis observado que hablo en griego y en latín, porque también yo quiero seguir el ejemplo de algunos retóricos flamantes que se creen auténticos dioses con sólo mostrarse con dos lenguas, como la sangüijuela, preciándose de salpicar sus preclaras producciones de frases latinas y algunos terminachos en griego, con los que hacen, aun trayéndolos por los cabellos, una especie de mosaico. Y dado caso de que ignoren tales lenguas, no tienen sino sacar de algún libro apollillado cuatro o cinco palabrejas cuya oscuridad ofusque a los lectores, para que aquellos que las entiendan, se complazcan doblemente, y los que no, les rindan, por esto mismo, mayor admiración, ya que somos propensos a que nos guste tanto más una cosa cuanto viene de más lejos; y si hubiere alguien que estime que esto no basta para aparentar que lo comprende, ría, aplauda y mueva, como el asno, las orejas, que con ello y con hacer signos constantes de aprobación, tendrá suficiente para que los demás crean que lo comprenden a maravilla.

En primer lugar, advertid qué solícitos cuidados ha puesto la madre Naturaleza, creadora del género humano, con el fin de que en nada falte el aderezo de la estulticia. En efecto; según los definidores estoicos, la sabiduría no es otra cosa que el gobierno de la razón; la estulticia, por el contrario, consiste en dejarse llevar por las pasiones. Ahora bien; para que la vida no fuera triste y amarga, ¡cuanto mayor lugar dió Júpiter a las pasiones que a la razón!; lo que va de media onza a una libra. Por eso, relegó aquella a un pequeño rincón de la cabeza, mientras que llevó el desorden a lo restante del cuerpo, y además, le opuso dos tiranos violentísimos: la ira, que colocó junto al corazón, fuente de la vida, y la concupiscencia, cuyo dilatado imperio se extiende hasta un poco más abajo. Lo que pueda la razón contra estas dos fuerzas gemelas, decláralo suficientemente la existencia de la generalidad de los mortales; pues aunque clame por sus fueros hasta ponerse ronca, y muestre las normas de conducta para vivir honestamente, los hombres protestan de un modo ruidoso y se obstinan en sacudir un yugo tan despótico, hasta que, a la postre, fatigada la razón, acaba por ceder y rendirse.

La amistad.— Llámese los estultos a



"esto es un gallo"

Madera de Emilia Prieto

boca llena; pero no se niegue que sólo la estulticia une y conserva las amistades,

et jungit junctos et servat amicos.

Excusado es notar que me refiero a la generalidad de los hombres, entre los cuales, por no haber ninguno sin defectos, repútase por mejor aquel que tiene menos, pues en los sabios, gente envidiosa, o no arraiga la amistad, o se da tétrica y ruda y aun así, solamente la conceden en casos contadísimos, por no decir que en ninguno. De aquí que, como la mayor parte de los mortales han perdido el sentido, o, hablando más propiamente, como no hay ninguno que no haga mil extravagancias, y la amistad sólo se entabla entre los que se asemejan, resulta que, aun suponiendo que en aquellos austeros varones naciese un afecto mutuo, jamás sería constante y duradero, ni podría serio tratándose de esos enojosos espías que andan siempre acechando las faltas de los demás tan arteramente como el águila o como la serpiente de Epidauró, aunque, por otra parte, sean de los que ven la paja en el ojo ajeno y no ven la viga en el propio.

La condición humana es tal, que no se hallará nadie, sin excluir a los hombres de buen entendimiento, que deje de tener sus flaquezas; y si agregáis a esto la suma diversidad de temperamentos y de educaciones, los muchos errores, desaciertos y peligros de la vida, comprenderéis que entre aquellos Argos no sería posible la plácida amistad por más de una hora si no la mantuviese lo que los griegos llaman con tanta exactitud la falta de seso, es decir, la estulticia, o, si queréis, la indulgencia para con las debilidades del prójimo.

Pero, ¿qué más: no es Cupido, padre y

autor de toda simpatía, quien, absolutamente ciego, toma lo feo por hermoso; el que hace que cada cual encuentre bello lo que ama, y que consigue que el viejo adore a la vieja no menos que el mozo a la moza? Pues esto es lo que constantemente vemos en el mundo, y aunque el mundo lo encuentre ridículo, es innegable que a esta irrisoria ridiculez de la vida se debe la unión y la concordia social.

¿No es la guerra el germen y la fuente de todos los hechos memorables? ¿Y qué hay más estulto que empeñarse en una de esas contiendas cuyas causas se desconocen siempre, que siempre también acarrea para una y otra parte mayor perjuicio que utilidad, y en las que los que sucumben, como antes se decía de los megarienses, nada significa? Ahora bien; cuando ya se disponen los armados ejércitos y resuena el ronco estridor de los clarines

rauco creperunt cornua cantu,

¿de qué servirían esos sabios consumidos por el estudio, cuya sangre, débil y helada, apenas puede sostener su espíritu? Gordos y bien cebados son los que en tales momentos hacen falta, es decir, los que tengan más audacia y menos inteligencia, a no ser que se prefieran guerreros como Demóstenes, quien siguiendo el ejemplo de Arquiloco, así que se vió frente al enemigo, tiró el escudo y huyó, mostrándose tan cobarde soldado como famoso orador. Mas el entendimiento— se dirá— es de gran importancia en la guerra; inudablemente, y así lo reconozco; pero es en el general, y el entendimiento que en éste se requiere es militar y no filosófico. Por lo demás, los truhanes, los alcahuetes, los ladrones, los asesinos, los villanos, los imbéciles, los petardistas y otras gentes de baja estofa, son los que llevan a término empresas tan preclaras, pero no las lumbres del saber.

Importancia política de la Estulticia.—Mas, volviendo a mi propósito, ¿cuál fué el poder que llevó a los salvajes, rudos e ignorantes, a reunirse en sociedad, sino la adulación? No otra cosa significan las simbólicas cítaras de Anfión y de Orfeo. ¿Qué fué lo que devolvió la concordia a la plebe romana cuando ya estaba próxima a sucumbir? ¿acaso un discurso filosófico?; nada de eso; sino el pueril y ridículo apólogo del vientre y de las demás partes del cuerpo, de análoga virtud que el otro de Temístocles titulado *La Zorra y el Erizo*. Ninguna profunda disertación conseguiría producir un efecto semejante al que produjo aquella superstición de la cierva de Sertorio, o la de los dos perros de Licurgo, o la de las colas de los caballos del mismo Sertorio, y conste que prescindiendo ahora de Minos y de Numa, por clyas fabulosas patrañas se gobernó la estúpida multitud, para decir tan sólo que tales son las necedades que exaltan a esa monstruosa y temible bestia que llamamos pueblo.

Pero, además: ¿qué Estados quisieron

adoptar alguna vez las leyes de Platón o de Aristóteles o las máximas de Sócrates? ¿Qué fue lo que movió a los Dioses a sacrificar su vida a los dioses manes o lo que condujo a Quinto Curcio a arrojarse al abismo, sino la gloria vana, esa dulcísima sirena tan extraordinariamente vilipendiada por los sabios? Porque ellos os dicen que nada hay más necio que un candidato a quien vemos lisonjear al pueblo para pedirle sus votos; comprar con largueza sus favores; andar a caza de los aplausos de los tontos; complacerse con las aclamaciones; ser llevado en triunfo como una bandera, y ponerse en el foro, como una estatua, a la contemplación de las gentes. Agregar a esto—continúan—la adopción de nombres y sobrenombres; los títulos honoríficos que ostentan esos mentecatos; los públicos honores, que equiparan a los dioses aun a los que son infames tiranos, y dígaseme si todo ello no es rematadamente estulto, hasta el punto de que para reírse de ello no bastaría un solo Demócrito. Mas yo contesto: ¿y quién lo niega?; pero, a pesar de ser así, es el manantial de donde nacieron las empresas más hazañosas de los heroes, en las que han empleado los literatos tanto ingenio para ponerlas en los cuernos de la luna, y esta estulticia es la que engendra las naciones, la que conserva los imperios, las magistraturas, la religión, los consejos y la justicia, porque la vida humana no es absolutamente nada más que un juego de locos.

La verdadera prudencia se debe a la Estulticia.—Después de haber reclamado para mí las excelencias del valor y del ingenio ¿qué didais si reclamase también las de la prudencia? Alguno pensará que esto es tan imposible cual mezclar el agua con el fuego, pero, no obstante, espero salir con mi propósito si, como hasta aquí, me favorecéis con vuestra benevolenta atención.

Comienzo, pues. Si la prudencia radica en el uso que se haga de las cosas, ¿a quién con más propiedad debe aplicarse el nombre de prudente?; ¿al sabio, que en parte por vergüenza, en parte por apocamiento de ánimo, es incapaz de realizar ningún hecho de importancia, o al estulto, a quien ni la vergüenza, de la que carece, ni el miedo al peligro, que nunca se para a considerar, le hacen que ante nada retroceda? Refúgiase el sabio en sus libretos vetustos, de los que no saca más que un mero artificio de palabras, mientras que el estulto, arrojando cuerpo a cuerpo las cosas más arduas, adquiere, a mi juicio, la prudencia verdadera. Homero, aunque ciego, vió esta cuestión del mismo modo al decir que los hechos hasta los estultos los entienden.

Dos obstáculos hay principalmente, que dificultan el conocimiento: la vergüenza, que en gran parte eclipsa la inteligencia, y el miedo, que, presentando el peligro, disuade de acometer las empresas insignes. De una y de otra libra a maravilla la estulticia; pero son

pocos los hombres que tienen conciencia de las múltiples utilidades y ventajas que se logran no sintiendo jamás ni vergüenza ni temor de nada; y si se entendiése que es preferible adquirir aquella prudencia que consiste en el examen reflexivo, os ruego que me digáis cuán lejos están de ella los que de esa suerte pretenden ganar nombre de prudentes.

Es indudable que en todo lo humano, como en los Silenos de Alcibiades, hay dos aspectos muy diferentes entre sí, de tal modo, que el exterior de ellos es la imagen de la muerte, y el interior, la imagen de la vida. Si abriérais una de esas estatuas, veriais que lo que parecía muerte, es vida; lo feo, hermoso; lo débil, fuerte; lo plebeyo, noble; lo triste, alegre; lo adverso, próspero; el odio, amistad; lo dañoso, saludable; en suma, no habría nada que al punto no lo viérais trocado en lo contrario. Pero si esto se os santos demasiado filosófico, voy a hablaros mas a la pata la pata, como se dice vulgarmente, y a poner mis palabras al alcance de todos.

¿Quién no creerá que un rey es un hombre opulente y poderoso? Y, sin embargo, si no posee un alma dispuesta para el bien ni halla nada con que saciar su ambición, puede considerarse como un pobre de solemnidad, y aun como un vil siervo, si, por añadidura, está dominado por los vicios. Lo mismo pudiera decir en otros muchos casos, pero basta para mi objeto el ejemplo que acabo de presentar. Y ¿a qué viene esto? se preguntará. Escuchad la enseñanza que deduzco de ello.

Si estando un cómico representando su papel, se le ocurriese quitarse la máscara escénica y mostrar a los espectadores su rostro verdadero, ¿no trastornaría la comedia y se haría merecedor de que el público le arrojase a pedradas del teatro como a un loco de atar? Claro que sí, porque se cambiaría de improviso el orden de las cosas, y descubriríamos que quien parecía mujer, era un hombre; que el que aparentaba ser joven, mudábase de pronto en un anciano; que el que poco antes era rey, se convertía en un esclavo, y que el que hacia un instante era un Dios, transformábase en un pelagatos despreciado. Querer deshacer estas apariencias, es perturbar toda la acción dramática, porque, precisamente, la ficción y el engaño son los que mantienen la atención de los espectadores. Ahora bien; la vida de los mortales, ¿qué es sino una comedia como otra cualquiera, en la que unos y otros salen cubiertos con las carátulas a representar sus papeles respectivos hasta que el director de escena les manda retirarse de las tablas? En el mundo, como en el teatro, acontece con frecuencia que un mismo actor se distraza con diversos trajes y así, al que no ha mucho vimos vestir púrpura de rey, vemosle ahora cubierto con los andrajos de un siervo miserable, todo si-

mulado, es cierto, pero hay que convenir en que la comedia no se representa de otro modo.

Pues bien; si un sabio, bajado del cielo, comenzase de súbito a decir: "Este, a quien todos creen Dios y señor, no es ni siquiera hombre, porque dejándose arrastrar por las pasiones, ha de ser reputado como un esclavo de infima condición, puesto que se complace en servir a tantos y a tan infames amos; este otro que llora la muerte de su padre, debiera alegrarse, porque ahora, es, justamente, cuando comenzó a vivir, ya que esta vida no es otra cosa que la muerte misma; aquél que se jacta de su noble estirpe, plebeyo y bastardo se habría de llamar, porque está muy lejos de la virtud, que es la única fuente de nobleza". Si este filósofo de mi ejemplo hablase de todo lo demás en esta guisa, ¿no se le tendría por un loco de remate? ¿Qué duda cabe! De la misma suerte que no hay nada más estulto que la sabiduría inoportuna, nada hay tampoco más imprudente que la prudencia mal entendida, porque es innegable que se equivoca de medio a medio el que pretende que la comedia deje de ser comedia y no sabe acomodarse al tiempo y a las circunstancias o, por lo menos, traer a la memoria aquella regia de los banquetes que dice: O bebe o lárgate. Por el contrario, el verdadero prudente será el que teniendo en cuenta que es mortal, no se meta en libros de caballerías y considere que la mayor parte de los nombres, o se avienen a hacer como que no ven, o se engañan con mucha cortesía.

Pero esto—se pensará—no es más que estulticia. En manera alguna he de negarlo, con la única condición de que se reconozca que tal es el modo de representar la farsa de la vida.

Después de los médicos, ocupan el lugar inmediato los leguleyos (si es que no ocupan el anterior, de cuya profesión acostumbra a burlarse los filósofos con rara unanimidad por considerarla propia de jumentos. Yo no me atrevería a decir tanto, pues lo cierto es que estos jumentos gobiernan a su antojo los negocios grandes y pequeños y ven aumentar su fortuna, mientras que los teólogos, después de haber sacado de sus tinteros todo lo divino, tienen que roer legumbres y sostener guerra continua con chinches y piojos. Así, pues, como las ciencias que proporcionan mayor provecho son las que guardan mayor afinidad con la estulticia, dedúcese de ello que los hombres más felices serán los que logren abstenerse absolutamente de todo comercio con el saber y se gobiernen tan sólo por los dictados de la Naturaleza, que en cada nos falta sino cuando pretendemos traspasar sus límites, y la cual odia el artificio y se muestra tanto más hermosa allí donde nunca ha sido profanada por la mano del hombre.

(Seguirán)

Bicarbonato de Sosa Erba
para las malas digestiones

Representante: EUGENIO DE BENEDICTIS

James Joyce y su "Ulysses"

Por OMER EMETH

— Envío de Norberto Pinilla. Santiago de Chile, octubre de 1936 —

Poco antes de las vacaciones prometí a mis lectores hablarles del gran escritor irlandés James Joyce, pero pedí un plazo de dos meses para cumplir mi promesa.

Los meses son un lapso muy corto para estudiar a Joyce o, más exactamente, para leer a fondo su *Ulysses*, única obra de él que haya llegado a mis manos...

Ya dije que *Ulysses* es un grueso volumen en cuarto cuadrado de 736 páginas y 37 líneas por página. Empezar la lectura de tamaño libro no se parece en manera alguna con leer una novelita francesa de 250 paginitas... Es tarea que exige valor y constancia... Pero en realidad se necesita algo más para llevarla a cabo: es menester saber inglés y no sólo el inglés de Inglaterra sino el de Irlanda.

¡Pobre de mí! He leído en estos cuarenta últimos años centenares de libros ingleses antiguos, modernos y contemporáneos, y creía, hasta hace poco, poseer un caudal de vocablos suficiente para leer, en inglés, poesía, filosofía, historia y "fiction". Y en verdad, leía todo esto sin grandes tropiezos. En los momentos de apuro, el diccionario era mi tabla de salvación y, cuando el diccionario callaba, solía yo por la vía analógica adivinar el significado de los vocablos. En suma, las lecturas se hacían sin grandes tropiezos, sin pérdidas de consideración, sin grave molestia.

No así con el *Ulysses* de Joyce. Desde las primeras páginas vislumbré que, después de dedicar tantos años de lectura a la literatura inglesa, no sabía inglés. Y al cabo de cien páginas, no lo vislumbré solamente, sino que lo vi y lo toqué. De ahí que, durante estas vacaciones, todos mis ratos de libertad hayan sido dedicados a Joyce...

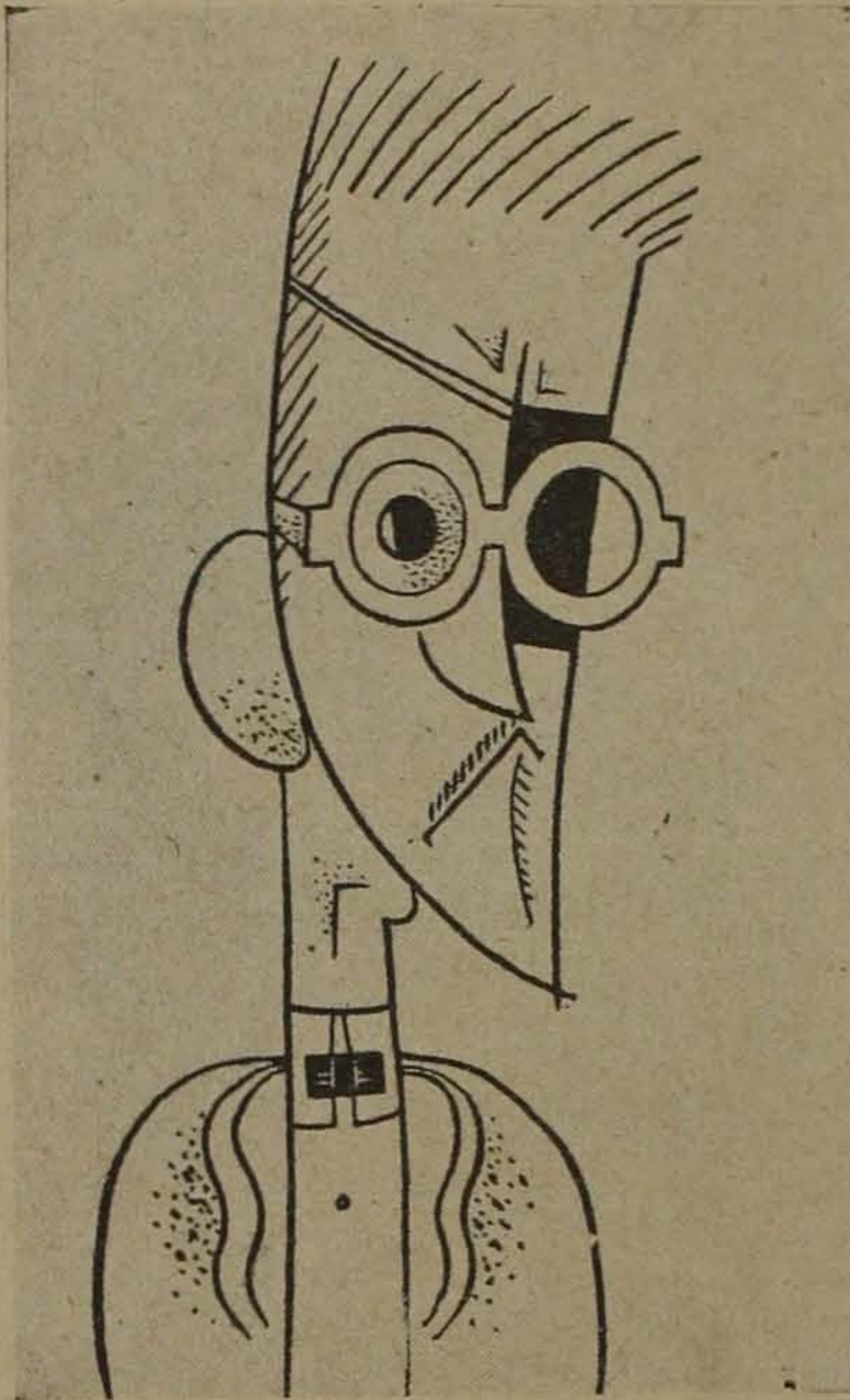
Aquellos que, como yo, quieren leer *Ulysses* harán bien en proveerse del mejor diccionario inglés. Debo confesar que el nuevo Webster (edición de Harris y Allen, 1912) más de una vez me dejó empantanado, a pesar de sus 2,620 páginas. Sospecho que Joyce acuña vocablos a destajo, pero el metal de que se vale es rara vez inglés. Así resultan inexplicables.

Pero dirá alguien: ¿quién es ese Joyce autor de obra tan difícil de entender?

Primero, oigámosle a él mismo una confesión que será su retrato moral. En su obra *A portrait of the artist as a young man* (que es, en realidad una autobiografía), dice Joyce:

No quiero permanecer al servicio de aquello en que ya no creo, llámese ello mi hogar, mi patria o mi iglesia. Quiero hacer lo posible para expresarme en mi arte con toda la libertad de que yo disponga... Y para defenderme emplearé las únicas armas que yo mismo apruebo para mi uso: el silencio, el destierro y la astucia.

Apuntemos ahora los hechos históricos a que alude Joyce en su confesión. Nació en Dublín en 1882, de una distinguida familia irlandesa católica; se educó en un colegio dirigido por los padres de la Compañía de Jesús y casi ingresó en aquella orden



James Joyce

Caricatura de Toño Salazar

Omer Emeth

— Envío del autor. Santiago de Chile —

El 27 de septiembre último se cumplió el primer aniversario de la muerte de D. Emilio Vaisse. El día de su sepelio, por expresa voluntad testamentaria del escritor, no hubo discursos. Hoy, sin embargo, se han publicado varios artículos acerca de su persona y de su labor literaria.

Omer Emeth (hombre justo en hebreo, al decir del docto catedrático Enrique Nercasseau y Morán) creó en Chile el género de la crítica literaria periodística. De modo que, aunque francés de nacionalidad, su nombre está adscrito a la historia de la literatura chilena.

Su saber era amplio. No siempre tuvo la suficiente sensibilidad para comprender a los "nuevos". Su educación, rigurosamente humanista, le impidió en muchas ocasiones sentir el alcance del verbo barroco de los sudamericanos auténticos. Porque, es necesario insistir en el asunto, las letras americanas verdaderas tienen plástica, musicalidad y sentido diferentes, radicalmente diversos, de la claridad idiomática y conceptual de los franceses, por ejemplo. Yo creo que el defecto de Omer Emeth fue: su incapacidad para darse cuenta exacta del fenómeno literario de la América Hispana.

No obstante, su tarea realiza-

(Pasa a la página 271)

religiosa. Pero,—por lo que hoy se divisa en *Ulysses*,—Joyce no había nacido para sujetarse a la disciplina militar de San Ignacio: es por naturaleza un individualista; es un anarquista-nato. Por poco que una autoridad doméstica, social o religiosa intente imponerle su ley o simplemente pedirle su colaboración, Joyce,—como el ángel rebelde—dice: *Non serviam*. Y para no servir, esto es, para poner fin a todas las servidumbres reales y posibles, Joyce abandona su patria, pasa de París a Roma, de Roma a Trieste, de Trieste a Zurich y por fin se radica (al parecer) en la capital de Francia donde vive una existencia de aislamiento voluntario. Es profesor de inglés, francés e italiano: es pobre, pero libre, lo que tanto da, cree serlo.

Mal haríamos sin embargo en tomarlo plenamente por lo serio. Es irlandés y, en esa calidad, se goza asombrando, asustando, indignando al lector. Parece verme sonriendo, mientras al auto-retrato que hemos visto, agrega el siguiente toque: "No me causa temor el estar solo, ni el ser rechazado en provecho de otro, ni abandonar cosa alguna que me sea preciso abandonar. No temo cometer un error, aun grave, un error para toda la vida, para toda la eternidad también, quizás."

Esta última frase admite varias interpretaciones y entre éstas una según la cual Joyce no estaría tan seguro, como lo ostenta, de no haber incurrido en un error grave, en un error sin remedio, al excomulgarse a sí propio, al abandonar su familia, su patria y su religión.

Los Celtas (a cuya familia Joyce pertenece evidentemente) son gentes cuyas pasiones tienen hervores de vino champafia. No asustarse. Aquello, antes de mucho, se apacigua y, cuando menos lo esperamos, vemos al celta regresando a su patria y convirtiéndose a su Dios.

Por lo que es de Joyce, aun en las burlas que nace con frecuencia a su religión y a sus maestros los Jesuitas, no puedo tomarlas muy en serio. Más de una vez creo advertir en su libro que una lagrima acompaña a la risa y que reina en sus páginas irónicas la nostalgia del pasado. Por lo demás, ¿qué significa en Joyce ese perpetuo afán de estudiar a Aristóteles y a Santo Tomás, cuya filosofía le fué enseñada—al menos en sus elementos—por los Jesuitas?

No me sorprendería en manera alguna la noticia de su vuelta al redil. Nadie mejor que él pondría en hermosos versos el grito del pródigo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti".

Pero, ¿en qué consiste su talento? ¿Cuál es su marca literaria, su escuela?

Si, como solía decirlo Brunetiere, criticar es clasificar, los críticos literarios han de verse en anárgos aprietos con Joyce. No veo qué casilla pueda asignársele en la actual literatura. No se parece a nadie. (1)

(Pasa a la página 267)

(1) Aquí hablo únicamente de *Ulysses*. De las demás obras de Joyce sólo trozos conozco. Son cuatro: *Chamber music*, *Dubliners*, *A Portrait of The Artist as a Young Man* y *Exiles*.

La gran lección de Waldo Frank

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración. Costa Rica y noviembre del 36 =

España y sólo España domina el motivo de nuestra meditación. Hemos querido comentar otros asuntos y hay un centro de gravedad que nos sitúa en España. La atracción es clara. Para el que escribe allí está el tema inagotable, fecundo, apasionador. Es un pueblo acosado por todas las maldades de esta época. Y ese pueblo no desfallece y abate certeramente a sus verdugos. Son verdugos de todas las estaturas. No tienen por lo mismo limitaciones en el plano de la pillería. El pueblo español recibe la invasión y desentraña el más hondo espíritu de lucha y se enfrenta a las mesnadas internacionales. Juzgan que podrán vencerlo y están ciegos. ¡Cómo apasiona el destino del gran pueblo español!

Y cómo su batallar sangriento ha ido destacando los mensajeros que digan al mundo el sentido de redención que él tiene. Solidaridad con el pueblo español. Y voz pregonadora de sus heroicidades. Esto es lo que ha nacido en cuanto la militarada vomitó la podrida traición. Waldo Frank es de los que nos traen el mensaje visionario y real. No vaciló un solo instante en decir que la causa del pueblo español es la causa de la libertad y de la justicia de los pueblos del mundo. Lo dijo y sin pensar que dejaba hecha su obra ha seguido escribiendo con creciente fe en la victoria de España.

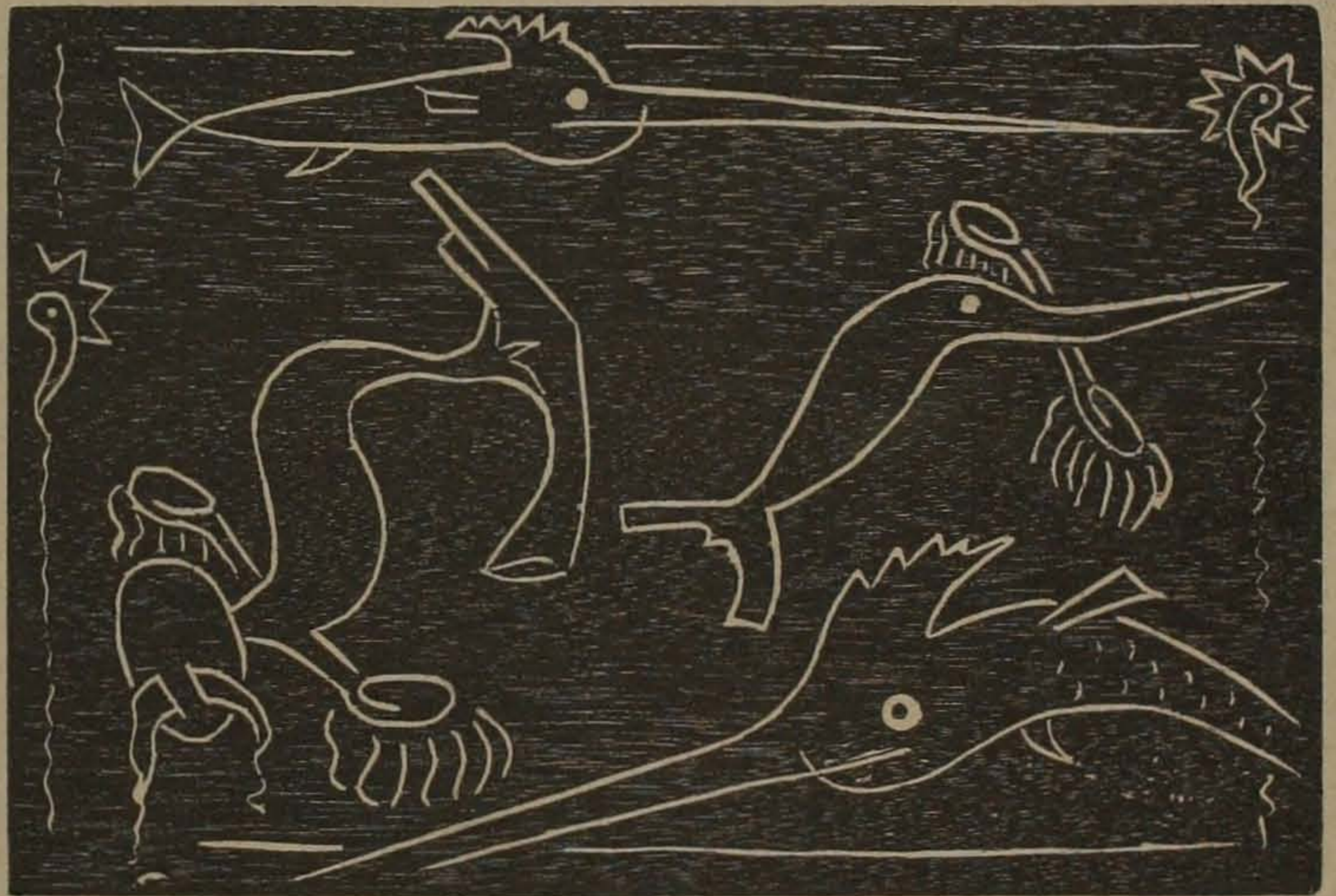
Creemos en Waldo Frank. Es escritor sin dobleces. Afirmamos nuestra fe en él y decimos que el pueblo español ganó para su causa una de las voces más autorizadas y grandes de nuestro continente. Es de nuestro continente Waldo Frank y lo defiende de las rapacidades imperialistas. A España la devoran muchas rapacidades. Las mismas que devorarán a nuestros pueblos si consuman la conquista de España. El bien inmenso de Waldo Frank denunciando las fechorías cometidas con España es que nos pone sobre aviso. Es una gran lección esta del escritor al servicio de la República española. Si quisieran entenderla los hombres de por acá se redimirían de la indiferencia. Porque lo que vemos en estos pueblos es gente para quien la conquista de España por los fascismos internacionales no significa nada fuera de España. No quieren o no pueden ver que la conjuración contra el pueblo español no quedará reducida a ese pueblo. No quieren ver todavía algo más grave: que si los fascismos vencen a ese pueblo, habrán logrado con sus medios de destrucción infernal un triunfo definitivo. Ese pueblo es grande y de la más profunda fortaleza moral. Posiblemente en una lucha contra la maldad fascista no habría otro pueblo más difícil de vencer. Pues lo que en España se salve será para bien nuestro y lo que se pierda será para nuestra maldición.

Waldo Frank ha querido decirnoslo y si lo oímos nos salvaremos. Nos lo dice Waldo Frank apasionadamente: "Esto lo saben los fascistas de Italia. Saben que los fascistas españoles están empeñados en su batalla de conquista. Por lo tanto, ayudan a su propia ralea. Y los reaccionarios del Japón, de Estados Unidos, de todas las naciones en que el dinero y el privilegio son dioses, prestan ayuda a los españoles de su propio jaez —ya

por medio de créditos, ya por medio de la propaganda— para que así triunfe su maquinaria en contra de una defensa de puro fuego y carne". Y nos advierte así que lo de España es universal y precisa ayudar a España. En nuestros pueblos especialmente el clamor de este gran escritor debe ser oído. Aquí el cavernícola ha podido trabajar impunemente ayudado por esas fuerzas que denuncia Frank. El resultado es la indiferencia de los más por todas partes y la agresividad creciente del cavernícola. Indiferencia fatal porque el deber es estar de pie con la causa del pueblo español por lo que ella tiene de igual con nuestra causa. Somos también zonas acechadas. Nuestra conformidad sólo prepara la conquista de los fascismos. Veamos lo terrible que es la conquista de los fascismos internacionales. A España al azo-

peran aplastar al pueblo español para dar el salto sobre América. Ya los gobiernos de imitación fascista bufan cada vez que las hordas parecen avasallar al pueblo español en una de esas ridículas avanzadas hacia Madrid. Bufan y amenazan al Gobierno legítimo de España. Pues pensemos en lo que se convertirían los pueblos de América poblados de cavernícolas si los fascismos acaban con España. Cundirían los gobiernos de tipo fascista, que es decir, cundirían los Juan Vicente Gómez. Ni más ni menos. Los fascismos son la concentración del Poder en una bestia. Sólo que ya no habría la bestia-gobernante aislada sino multiplicada y unida por la misma consigna de tiranizar, de robar, de barbarizar.

Este es el paraíso que nos promete la conquista de los fascismos internacionales que



Peces militares

Madera de L. de A.

tan cobardemente porque España se dió su gobierno grande. Y los fascismos no toleran gobiernos de estatura. Exaltan al mediocre y van a buscarlo a los bajos fondos sociales. Allí lo encuentran torvo, frío para el crimen, capaz de todas las osadías. España tuvo la visión que la alejó de los fascismos y exaltó el tipo de hombre creador que la está redimiendo. En lo sangriento de esta tragedia ese hombre nuevo sigue creando a España. Los fascismos la destruyen como consigna. Y las fuerzas contrarias a los fascismos reconstruyen, vuelven a levantar la porción arrollada por las hordas. El poder de ese pueblo es inconmensurable. Por esto no lo vencerán los fascismos. Sin embargo, de la lucha no debemos alejarnos en el sentido de que es preciso condenar la pillería. Necesita España que se condene la pillería de los fascismos internacionales.

Waldo Frank nos da la lección ejemplar cuando condena los fascismos que quieren conquistar a España. Es lección aplicable a estos pueblos en donde los fascismos sólo es-

opera con su banda sobre España. Afortunadamente el ensayo de conquista le ha tocado hacerlo con un pueblo de verdad. Allí morirán las osadías bélicas porque si son infernales los medios de destrucción con que ha caído sobre España, también allí hay un pueblo erguido y dispuesto a no dejarse abatir. Los cavernícolas sienten que su alianza con los fascismos que les den armas y dineros y tropas mercenarias será para imponer su traición. Mas la traición de la militarada jamás hará en España otra cosa que derramar sangre. No desaparecerá el pueblo español bajo la pezuña de los fascismos alentadores de la sombría voracidad cavernícola. Alientan estos mensajeros como Waldo Frank que traen la visión certera de la lucha. Alientan porque en lo que dicen desentrañan el sentido eterno de estas luchas. Los pueblos que las afrontan tienen en su favor la resistencia moral. Las hordas desatadas contra ellos no tienen unidad de ninguna naturaleza. Tampoco la tienen las castas pervertidas que juntan hordas y las arman. En

España vemos cómo las hordas apenas si pueden arrastrarse mordiéndose el polvo, no obstante las poderosas armas que los fascismos han puesto para que maten y siembren la ruina. En cambio el pueblo con pocas armas e inferiores a las fabricadas por los fascismos resiste y mata ciertamente. Es que los pueblos no pueden perecer. El gran error de estos fascismos internacionales es pensar que han de acabar con los pueblos para quedar se de amos de una geografía sin sentido. Tiranizan y sumen en la abyección, pero el pueblo está vivo y a su tiempo surge y da

la gran batalla. En España no lograrán los fascismos ni siquiera sumir al pueblo bajo la pezuña sombría. En España están siendo abatidos con honor y el bien para los pueblos del mundo será inapreciable. Entendámoslo así. En España se da la batalla contra las tiranías que azotan a los pueblos o están por azotarlos. Ser indiferentes a lo que en España está ocurriendo es forjar la cadena que si no nos ata a nosotros por viles, sí queda con el eslabón abierto para cerrarse contra el cuello de nuestros hijos.

la práctica de la medicina la experiencia útil, la disciplina científica para discernir la calidad del dato y la naturaleza del hecho; esa multiplicidad de erudición especializada y de saber experimental le resultó singularmente provechosa en el desarrollo de su vocación filosófica. Korn, experto en fisiología, en biología, en psicología, estudiada en el hospital de Alienados durante más de un cuarto de siglo, llegó así a algo más que una crítica de las concepciones constructivas: llegó a una noción directa del dolor, a la familiaridad del sabio con la dolorosa criatura humana. Además, vivió en la vecindad de la historia, en la frecuentación de sus protagonistas, en la proximidad de los que elaboraban los acontecimientos y participaba a menudo de ellos. Estudiaba infatigablemente; leía sin cesar, leía lo que podía darle el contenido de lo universal a través de los problemas de genuina universalidad y dentro de esa ansiedad de lo unánime, le preocupaba con visión histórica y proyección profética lo medularmente argentino.

Alejandro Korn solía separar la filosofía de la metafísica. Asignaba a ésta una función que entraba en lo privado, que raras veces se traslucía en una confianza y que abarcaba al hombre íntimo, al que puede aceptar una hipótesis para sí sin exponerla a los demás porque no habría podido demostrarla con el concurso de factores inmediatos de comprobación. Se complacía en insistir en esa distinción que consideraba fundamental. Un discípulo suyo dice que "la filosofía de Korn es, en definitiva, una filosofía de los valores", de una tendencia netamente historicista y que, en lo que es compatible con su índole, incluye referencia a la perennidad. Su nutrida ilustración en ciencias biológicas y su continuo esfuerzo por vincular las especulaciones teóricas con los experimentos de la historia le apartaron de la teorización excesiva. De su análisis de los fenómenos de la cultura, esquemático aunque de decisiva trascendencia, dedujo su sistema de los valores que constituye, según muchos especialistas, la contribución más esclarecida de los pueblos hispano-americanos al plano de la filosofía substancial y que se funda en la fe, en el destino del hombre y en la finalidad de la cultura. Su "Libertad creadora" indicó una etapa inicial en la bibliografía filosófica del país. Hace poco aparecieron en una edición popular sus "Apuntes filosóficos", y se hallaba revisando sus "Ensayos filosóficos", en que se investiga, junto con esenciales problemas, el influjo de las corrientes del pensamiento en la evolución argentina. Corregía febrilmente los capítulos de esa obra cardinal en su producción con serenidad estoica, sin énfasis y sin patetismo, con el presentimiento de la muerte que ya le cercaba y debilitaba su pulso. Y como siempre, le rodeaban sus compañeros de filosofía, sus amigos, con los cuales departía sin tristeza, con esa consciencia transparente del hombre que ha vivido en la tarea benéfica y en la sabiduría alcanzable. El doctor Alejandro Korn nació en Buenos Aires en el año 1860.

Dr. Alejandro Korn...

(Viene de la página primera)

venes. Don Alejandro Korn era un espíritu profundo y un filósofo amable, no por escepticismo de quien ha pasado por todos los sistemas sin encallar en ninguno con rigidez dogmática, sino por amplitud en el sentimiento y aptitud de comprensión. Tolerante y entusiasta, celosamente crítico en la admisión de un juicio o en la aceptación de un punto de vista, que sometía con nitidez metódica al examen objetivo, respiraba, sin embargo, tal cordialidad, tal confianza humana, nacida de su individual bondad, que los que lo rodeaban, en el aula, en el comité que frecuentó con recelosa parsimonia, en el club o en la intimidad, se sentían atraídos por el poder de su talento disertivo y la seducción de su carácter. El doctor Alejandro Korn trabajó en la Universidad hasta los últimos años de su vida. No obstante el mérito de sus libros, atribuía más significación a la acción docente y a esa acción se consagró con una especie de ahínco amoroso, porque veía en el efecto que producía en el alumno al enriquecer sus conocimientos o al despertar su curiosidad, un acto fecundo, un ensanchamiento de la cultura del país en las esferas en que debía fructificar con más eficacia y en formas de más prolongada duración. Esa vocación de enseñante encerraba su sentido de la existencia. Le comunicaba una extraordinaria vitalidad. Alejandro Korn, como es notorio, vocalizaba defectuosamente. Ello no disminuía el brillo de sus lecciones. Disertaba con tal interés, con tan hondo dominio de los temas más complicados y más abstractos, con un don tan admirable de claridad, de síntesis, con tal arte de exposición, que su auditorio le oía con avidez, porque su palabra trasuntaba ese calor de cosa vivida, de riqueza humana, sin la cual, el pensador o el escritor pueden sombrarnos por sus cualidades, mas no sujetarnos a lo que debe revestir, aunque sea momentáneamente, el prestigio de la verdad hallada. A esas condiciones de excelencia, de preparación completa, añadía el doctor Korn el rasgo humorístico, de linaje germánico, en que se escondía siempre una reserva ideológica o un pliegue de alma no conformista. Esas características, que definían en su distinta gradación los matices de una compleja personalidad, se revelaban en sus escritos sobre asuntos trascendentes, en sus páginas polémicas, en su conversación con los ami-

gos, pues ejercía la amistad con la elevación de un magisterio y la amistad desempeñó en su vida un papel tan importante como la filosofía. Y amigo de Korn era el que llegaba a conocerle, profesor o estudiante, político o artista. Ya no lo dejaba más. Le seguía en el curso, le buscaba le escuchaba en la mesa del café. Nada se substruía a su perpetuo deseo de conocer. Acumuló en

En elogio del Director Supremo Pueyrredón, dice el historiador argentino Mitre:

Hombre de mundo, de buen sentido y juicio propio, con bastante inteligencia y alguna ilustración para juzgar las opiniones ajenas y carácter para sostener las suyas, tenía la suficiente flexibilidad para someterse a las deliberaciones de una mayoría o a las exigencias de las circunstancias. Con una ambición flotante sin trascendencia, que se satisfacía con el ejercicio normal del poder; moderado en sus pasiones políticas y sin opiniones comprometidas sobre los partidos; decoroso en su vida pública y privada, con la necesaria sagacidad para estimar las aptitudes de los demás; circunspecto, prudente, pero dotado de cierto temple de coraje cívico que no retrocedía ante las responsabilidades colectivas...

(Historia de San Martín, tomo I.)

Cansancio mental
Neurastenia
Surmenage
Fatiga general

son las dolencias
que se curan
rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual
dice el distinguido Doctor
Peña Murrieta, que

"presta grandes servicios a
tratamientos dirigidos se-
vera y científicamente"

James Joyse y su "Ulysses"...

(Viene de la página 264)

En literatura ciertamente no se conocen "comienzos absolutos" ni generación espontánea. *Aliae vivum ex ovo*, dicen los biólogos: los críticos podrían con igual fundamento decir: *Omnis liber ex libro*. Todo libro es hijo de un libro y por muy genial que sea no hay autor sin maestro.

Con todo, hay autores y libros cuyos antecedentes generadores son difíciles de descubrir. ¿Quién, por ejemplo, fué el padre intelectual de Shakespeare o de Goethe?

La misma pregunta me es sugerida por Joyce y su "Ulysses".

Pero veamos en qué consiste la originalidad de ambos.

Ulysses no es una novela: es un film en que se reproducen, sin arreglo artístico de ninguna especie, veinticuatro horas de una vida vulgar. Dos son los personajes principales: Leopoldo Bloom y Stephen Dedalus. Este ocupa los tres primeros capítulos de "Ulysses"; aquél, todo el resto de la obra.

Valery Larbaud, traductor (e introductor) de Joyce en Francia ha hecho de "Ulysses" un resumen perfecto. Bastará traducirlo.

—"He dicho,—declara Larbaud,— que seguimos a Bloom paso a paso; y en efecto lo tomamos al salir de la cama, lo acompañamos de la pieza en que ha dejado a su mujer Molly medio dormida, hasta la cocina, en seguida a la antesala, luego al excusado donde lee un diario atrasado y hace proyectos literarios mientras procura aliviarse; en seguida donde el carnicero al que le compra riñones para su desayuno y, al regreso de la carnicería, vémosle entusiasmarse contemplando las caderas de una sirvienta. He ahí nuevamente en la cocina de su casa donde pone los riñones en una paila y la paila sobre el fuego; en seguida sube al piso donde esta su mujer a la cual sirve el desayuno; se detiene charlando con ella; un olor de carne quemada sube hasta ahí; Bloom baja precipitadamente hacia la cocina y así sucesivamente. Vuelve de nuevo a la calle; se baña; pasa a almorzar en un restaurante; entra a la Biblioteca pública; a un hotel en cuyo bar dan un concierto; va a la playa; pasa a una Maternidad a pedir noticias de una amiga y tropieza ahí con camaradas; va al barrio de la Vida Alegre y pasa larguísimo rato en una casa de remolienda. Así pierde la poca respetabilidad que aún podía conservar, cae en un triste delirio provocado por el alcohol y el cansancio y por fin sale acompañado por Stephen Dedalus a quien ha encontrado y con quien pasará las dos últimas horas de su jornada, es decir los capítulos XVI y XVII del libro. El último o sea el XVIII es ocupado por el largo monólogo interior de su mujer a quien Bloom ha despertado al acostarse cerca de ella".

Son, pues, 18 capítulos y,—repitámoslo— 736 páginas.

Recuerdo el asombro con que, hace cosa de siete u ocho lustros, leí en un artículo de Jules Lemaitre sobre la literatura naturalista francesa de la escuela de Huysmans y Zola un párrafo sobre una novela intitulada *Une belle journée*. En esa novela todo se reducía a describir menudamente la serie de movimientos y acciones que dan por resultado el embotellamiento de una pipa de vino.

Era,—según creían los literatos de entonces,—el colmo del naturalismo.

Más tarde, en un volumen de la obra de Marcel Proust, he visto la descripción de una comida en casa de la duquesa de Guermantes, comida que, si mal no recuerdo, ocupó cerca de doscientas páginas.

¿Conocería Joyce a Marcel Proust y a los naturalistas arriba aludidos? Yo lo dudo. En todo caso, el naturalismo de "Ulysses" y su manuciosidad fotográfica supera infinitamente la minuciosidad de Proust y el naturalismo de Huysmans, Zola, Céard y compañía.

Si a alguien se parece Joyce es a Rabelais, cuyos procedimientos de acumulación verbal, cuya risa perpetua, cuyas mofas y desenfreno encontramos a cada paso en "Ulysses".

Pero a Rabelais no se le ocurrió encerrar en 736 páginas veinticuatro horas de la vida de un hombre cualquiera y de una capital como Dublin.

"Ulysses" es la historia del 16 de Junio de 1904 en la capital de Irlanda, y no la historia universal de aquella ciudad, sino la historia de uno de sus más insignificantes ciudadanos.

Pero en el film cuyos protagonistas son Dedalus y Bloom desfilan más de mil personajes y,—particularidad muy digna de nota—muchos de éstos son seres de carne y hueso y figuran ahí con su verdadero nombre y apellido.

¿Que enredo! Cada cual de ellos obra por su propia cuenta sin que le importe un ardite Bloom, Dedalus ni nadie. Los vemos vivir como en la vida real y nos dejan asombrados a fuerza, no diré de realismo, pero sí de realidad.

Todo ahí está vivo: el policeman que amonesta a Bloom, el chiquitín que sale de la carnicería después de comprar un bistec, el virrey que pasa por las calles a la cabeza de un escuadrón de caballería y el reverendo padre que entona una oración al pie del Santísimo Sacramento.

Es un prodigio que en ningún otro libro he encontrado.

Montalvo luchador piensa en él

Está enseñando al pueblo y abriéndole los ojos: ¡crucifiquenlo!, propaga ideas perniciosas y dice que la libertad es buena: ¡crucifiquenlo! Quiere levantar los corazones a grandes movimientos e infundirles afecciones elevadas: ¡crucifiquenlo! Habla del rey y sus ministros, abruma a los fariseos, con sus recriminaciones, saca del templo a los indignos traficantes: ¡crucifiquenlo! Aconseja un sagrado temor por los sepulcros, respeto a los ancianos, ternura por los niños: ¡crucifiquenlo! Nos aborrece diciendo que matamos, nos desprecia diciendo que robamos y mentimos: ¡crucifiquenlo! Llama crímenes nuestras acciones, vicios nuestras costumbres, y afirma que su Dios no nos recibirá si no practicamos las virtudes: ¡a la cruz!, ¡a la cruz!

(Juan Montalvo: *Páginas Desconocidas*, Tomo I).

Pero más prodigiosa aún es la innovación propia de Joyce y que consiste, no en describir desde fuera lo que sucede en la mente de un hombre, sino en hacer que los pensamientos y gestos de aquel hombre broten, por decirlo así, espontáneamente a nuestra vista.

Los novelistas que hemos conocido hasta ahora quedan siempre en escena: oímos su voz, vemos su gesto de aprobación o desagrado... Los protagonistas de sus novelas no pueden menear el dedo meñique sin que los novelistas manifiesten su enojo o su complacencia.

No así Joyce... Está ausente de "Ulysses", y más ausente de su libro que Flaubert y Maupassant de sus novelas. Es el perfecto realista.

Su "monólogo interior" es copia de la realidad viva. ¡Cuántas veces monologando interiormente pasamos de una cosa a otra sin lógica y desviados por una palabra un ruido, un movimiento que acabamos de percibir! ¡Cuántas veces no dejamos incompleta la frase que hemos empezado! ¡Cuántas veces hacemos caber en un sólo vocablo toda la complicada y vasta materia de una frase!

¿Acaso ponemos siempre puntos y comas, quiero decir, acaso gastamos en nuestro monólogo interior los descansos a que corresponden en lo escrito e impreso las comas y los puntos!

Pues páginas hay en que Joyce suprime toda puntuación, en que muchas frases quedan trunca y las hay muchísimas,—como en la vida real— en que el hilo se corta y se enreda con otro y luego se anuda nuevamente para antes de veinte segundos cortarse otra vez.

¿Y qué de sorpresas en esos enredo! De todo hay: historia, geografía, filosofía, teología, filología... Todos los idiomas y todos los países del mundo han dejado algún rastro en Ulysses.

¿Todos los países? Sí... hasta el mismísimo Chile.

Grande fué mi sorpresa cuando, de boca de un marinero, oí lo siguiente: "Yo he visto cannibales en Bolivia los cuales comen los cadáveres y los hígados de los caballos. Véalos ahí... Ahí e tán... Un amigo mío me la mandó..."

"De su bolsillo sacó el hombre una tarjeta postal. En lo impreso leíase: **Chozo de Indios. Beni. Bolivia**..."

"Mr. Bloom, sin manifestar sorpresa ni llamar la atención dió vuelta a la postal para ver los sellos y marcas de correo. Decía como si gué: (en español): **Tarjeta postal. Señor A. Boudin. Galería Beache, Santiago, Chile**". (p. 581).

"Ulysses es un mare magnum... pero como en el mar hierva ahí la vida. Intenten leerlo nuestros novelistas y se convencerán de que con Joyce un arte nuevo acaba de nacer, arte violento, desordenado, desapacible, pero que, andando el tiempo, se someterá a la regla. ¿Qué novedad si algún día nos tocara leer una historia de Santiago escrita al estilo de "Ulysses"? Pero, ¡qué escándalo! No aconsejo a nadie imitar al genial irlandés, a no ser que previamente se asegure contra los riesgos de semejante imitación. (2).

(2) La traducción de Ulysses por Valery Larbaud está agotada. No se encuentra de venta ni en las librerías de viejo.

Federico García Lorca

Por LUIS CARDOZA Y ARAGON

= De El Nacional, México, D. F., 30 de setiembre de 1936 =

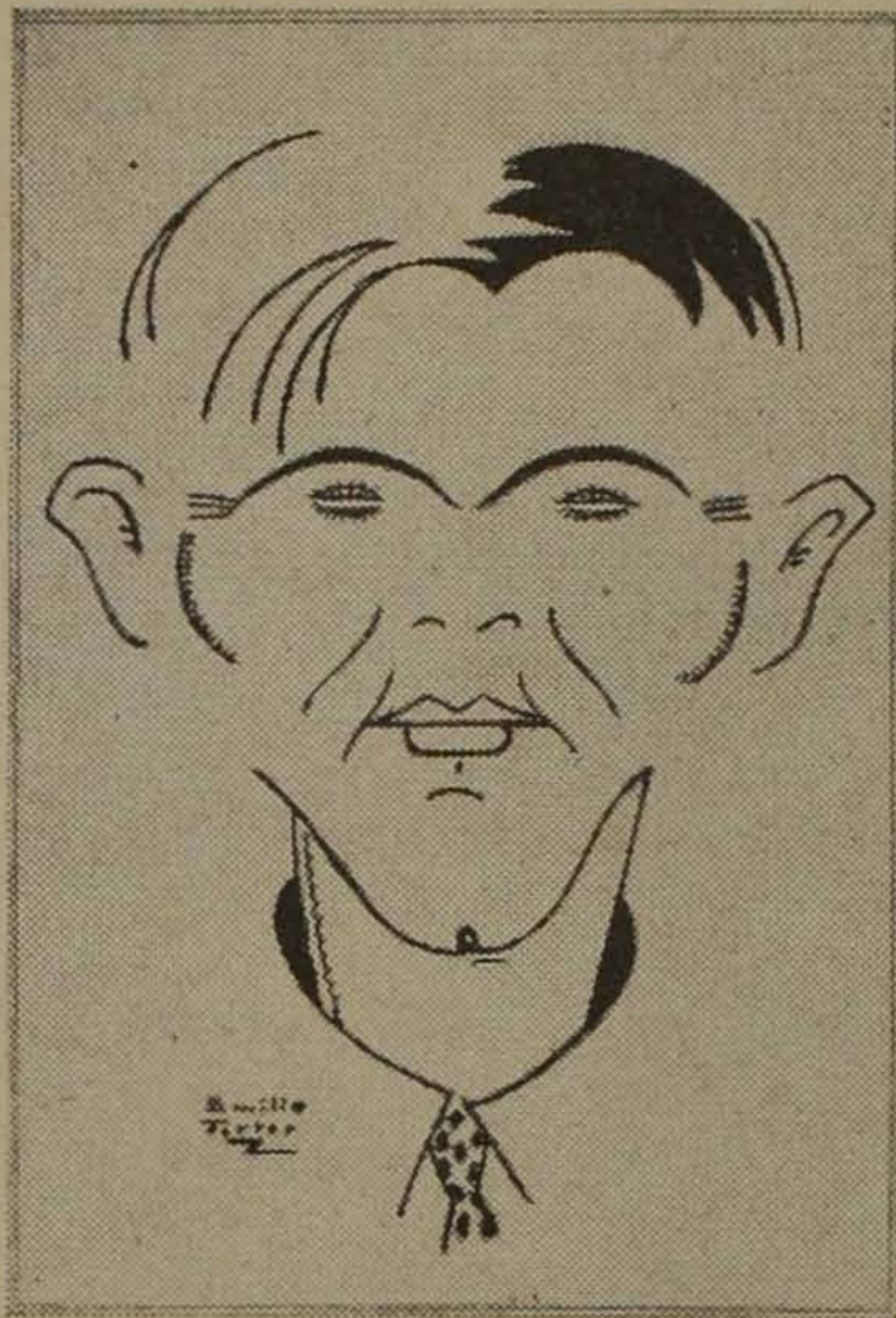
No sé a dónde dirigirse este recuerdo, acaso este in memoriam por tu improbable muerte. Sé que de todos modos te encuentras en el cielo de Granada, vivo o muerto. Allí has estado siempre, antes de nacer y después de tu probable término.

Siempre te imagino con tu flora y tu fauna propia, totémica y maravillosa, sin techo y sin murallas, acompañado de espacio, hablando un lenguaje que algunas veces recordó Doña Rosita. Tus marineros heridos, tus amigos encontrados en tus propios poemas, la mujer gorda que vuelve los pulpos del revés, el viejo con la barba llena de mariposas, y tu terca, terrible preocupación por la saliva y la sangre, te recuerdan.

¿Cómo hacerte conocer a los que no te conocieron, a los que no te vieron sonreír y reír, decir malas palabras, contar mil historias y leer prodigiosamente tus poemas? ¿Cómo hacerles saber algo de la expresión de tu rostro lleno de lunares, de tu voz lenta y untada, dormida y tensa? ¿Y cómo hacerles saber que tu poesía era como en Santa Teresa, lo que ya no cabiendo en el corazón se derramaba? ¿Y cómo hacerles sentir que tu corazón era más ancho, más alto y más perpetuo aún que lo mejor de tu gran poesía? Tu muerte para mí es siempre improbable, porque vivo eres, serías, serás, una leyenda pura. Fulste, eres —perdona la indecisión de mis verbos— tan transparente y luminoso, tan dulcemente incandescente, que muchas veces pudimos percibir en la Habana, tu esqueleto de ángel.

Los que te conocemos nos encontramos apurados queriendo decir algo de lo inefable que tú eres. Sufrir la memoria no pudiendo restituirte a ti mismo. Y por muy alta que sea tu poesía, veo tu extraordinaria presencia surgir por encima de ella. En tu verso mejor, te mueres siempre un poco, como en el mejor recuerdo. Y te nos mueres un poco más a los que te conocemos, a los que te conocimos. No quiero decir sino algo de la seducción, de la extraña imantación que ejerces. No puedo recordar tu poesía olvidándome de ti. No puedo recordarte, Federico, olvidándome de tu poesía. Tú y tu poesía, sois la misma gracia, la misma, revelación. Pero en ti se anima mejor, en ti vemos y palpamos esa gracia, esa revelación. Y, sin embargo, siento no sé qué de injusto al pensar así. Porque tu poesía también es tu propio cuerpo, tu sangre, tus lágrimas, tus gritos, tus huesos, uñas y cabellos. Tu poesía eres tú, perenne, concreto, duro, duro, suficientemente duro para poder rayar todo tiempo y todo espacio.

Nadie menos poético que tú. Eres sencillo, bueno y cándido. Cándido como un pájaro, como un caballo. No parecías "poeta". Tienes algo de planta, de vegetal, de árbol niño, de verde que te quiero verde. Hace pocos días te recordaba, con Juan Marinello, cantando "sones" con los negros, alegre en tu lecho en un Hospital de La Habana, con unas mañacas y un gran pez de celuloide rojo que navegaba sobre tus pies. O sacándote de los bolsillos unos pedazos de papel llenos de tus ocurrencias, de tus hallazgos, de tus poemas germinando. ¿Y cómo olvidar tu inmovible inocencia mineral? Te recordábamos yendo hacia Batabanó con Don Fernando Ortiz,



Federico García Lorca

Visto por Ferrer

El asesinato de García Lorca

= Envío del autor. Berkeley, Calif. Octubre de 1936 =

El asesinato de García Lorca cometido por las fuerzas revolucionarias españolas es uno de los crímenes más inútiles del presente conflicto y uno de los actos de brutalidad más horribles y de mayores consecuencias para nuestra cultura. García Lorca era uno de los grandes poetas de la lengua castellana, un innovador y un profundo intérprete del genio de nuestra raza. Desde los días de Fray Luis de León y Góngora no había tenido España un poeta más castizo, un representante más genuino de la más pura tradición ibérica. Igual calamidad habría sido para las letras castellanas el asesinato de Cervantes antes de que hubiera escrito el Quijote y para otros pueblos lo fué la muerte prematura de sus grandes poetas, Shelley para Inglaterra, Chénier para Francia. Imposible sería concebir la gran obra futura de García Lorca, genio todavía no expresado en sus poemas maravillosos.

Las fuerzas de la barbarie devastadora no pudieron herir más hondo en el corazón de todos nuestros pueblos. La América española sufre esta muerte como la madre patria, pierde en García Lorca a su poeta predilecto, a su Rubén Darío del siglo veinte. Este crimen indica que la lucha no es entre el militarismo y el proletariado, entre retrógrados y liberales, sino entre la civilización y la barbarie; entre el Africa y los generales

(Pasa a la pág. siguiente)

atravesando un valle que nos hacía gritar de lo hermoso que es, verde y hondo, terriblemente luminoso y cálido, y tú nos hablabas horas y horas de otros, de poesía, de tus amigos toreros, de Ignacio Sánchez Mejías, hoy acaso cerca de ti.

Siempre la vida de una conversación. El silencio mismo, se concentraba en torno a ti. Para mí fué una verdadera revelación que un público vasto y diverso demostrara su afán por oírte hablar de poesía. Pero no hablabas de poesía. Nunca nos explicaste lo que tú, menos que nadie, puede explicarse, ni explicar. Mostrabas el prodigio con tal naturalidad que tu presencia multiplicaba la eficacia. Y se la sentía. El ámbito estaba conmovido extrañadamente como si se acabase de marchar. Y tú no eras responsable de ello. Acaso ignorabas lo que sucedía, como hoy ignoras si estás vivo, si estás muerto...

Con la espontaneidad inevitable de un reflejo, así tu poesía en tu cuerpo sabiamente golpeado. Y como a pesar tuyo. Tú no escribías sino lo que ya no soportabas callar más tiempo, lo que no podías callar. Y, sin embargo, pocos, muy pocos, tan conscientes como tú de lo que es la poesía. Tu método era como un delirio. Tu delirio calculado como un método. "Trabajo como la Invernizzi", nos dijiste alguna vez. Ella decía que siempre ignoraba el rumbo que habría de tomar la novela, la serie interminable que empezaba. En una casa (descripción de la casa), en un salón (descripción del salón), una visita (descripción de los personajes). Repentinamente, un Conde entraba con enorme sobresalto, o gimiendo inconsolablemente. Una de las visitantes se desmaya. Nada sabemos. Las cosas, los personajes inventados, van animándose y adquiriendo una vida propia, inevitable, diferente de la vida. Se ha creado el movimiento, el misterio. Así recuerdo que fueron compuestas algunas escenas de tu admirable pieza **El público**. Candidez, humildad, confianza absoluta en la poesía.

Pero, más que una trama, de teatro o de novela, de cuento o de relato, te vi construir así tus poemas, guiado por un tacto que sabía pesar lo imponderable, que podía asir lo que muy pocos podían ver, lo que muy pocos eran capaces de imaginar. Objetos y sensaciones, las cosas más humildes y distantes, más desvalidas y malditas, se encontraban relacionadas, ligadas, amándose, reproduciéndose, luminosas y vivas, repentinamente diferentes. Poesía concisa, exacta, de perfección geométrica, llena de hondo fervor plástico. Lo inesperado aparecía con naturalidad, con inocencia, con seguridad extraordinarias. Poesía gratuita. Lo que me gusta en tu teatro es proyección, continuación de estos momentos que forman el tiempo de tus mejores poemas.

Te imagino con las materias oscuras, viendo a través de ellas y sacándoles luz como nunca lo consiguieron los ciegos golpeando porfiadamente con sus bastones a las sordas piedras. Tú mismo como una piedra preciosa que las entrañas de la tierra formada con polvo de los huesos del pueblo que tú amas, que amaste y que eras todo tú, cansada esa tierra de estar ciega, te sacó a la vida para que la cantaras. Tradicional y nuevo como el

presente y el mañana de la España eterna. Tú eres, seguirás siendo, una esencia, una flor de espuma de su sangre que fué tuya, que tuya es para siempre, que en ti encontró de nuevo su olvidada voz.

Eres, Federico, más memoria que fantasía. Memoria hasta de lo que habrá de venir, de tal suerte en ti se siente y se presiente la persona de España, del verdadero pueblo de España, de la España verdadera. Lo más moderno, lo más inaudito e improbable, es en ti tradicional, como tu futuro. ¿Cómo dejar de ser lo que tú eras tan intensamente, tan apasionadamente? ¿Cómo España podía dejar de ser igual a sí misma, igual a ti mismo?

Vivo, más vivo que nunca, sonreírás leyendo en los jardines de Granada o en su cielo, este fervoroso recuerdo mío. De ti no se puede hablar sin pasión. Todo se llena de calor, de luz, de sonido, de color al recordarte. Y no siento casi pena si estás muerto. Tú eres lo que no puede morir, la España nueva. El pueblo de España con voz nueva,

con nueva voz antigua y futura. Escribiste romances hace cinco siglos olvidándote de tu nombre, en esas calles mismas de tu Granada. Déjame que con palabras de nuestro amigo Pablo Neruda te recuerde:

Cuando vuelas vestido de durazno,
cuando ríes con risa de arroz huracanado,
cuando para cantar sacudes las arterias y los dientes,
la garganta y los dedos,
me moriría por lo dulce que eres,
me moriría por los lagos rojos
en donde en medio del otoño vives
en un corcel caído y un dios ensangrentado,
me moriría por los cementerios
que como cenicientos ríos pasan
con agua y tumbas,
de noche, entre campanas aliagadas:
ríos espesos como dormitorios
de soldados enfermos, que de súbito crecen
hacia la muerte en ríos con números de mármol
y coronas podridas, y aceites funerales:
me moriría por verte de noche
mirar pasar las cruces anegadas,
de pie y llorando,
porque ante el río de la muerte lloras
abandonadamente, heridamente,
lloras llorando, con los ojos llenos
de lágrimas, de lágrimas, de lágrimas.

El asesinato de Gar...

(Viene de la anterior)

en ella incubados y la Europa moderna que se orienta por la inteligencia hacia la justicia y la verdad.

No gausa nada la causa imposible de los soldados españoles con este crimen. Con la muerte del poeta han destruido un rifle, han roto un par de brazos, ¡poca cosa donde luchan tantos miles! Pero en cambio, miles de hombres puros, antes neutrales, correrán ahora a incorporarse en las filas de los defensores de la civilización, del arte, de la belleza, no para vengar al escritor muerto sino para evitar que asesinen a los pocos artistas y pensadores que quedan en España.

Los escritores, artistas, profesores, periodistas de cada país hispanoamericano deben hacer presión sobre sus respectivos gobiernos para que hagan algo por detener el avance de los africanos sobre los centros culturales de España. Deben exigir que sus Embajadores y Ministros vuelvan a Madrid; deben enviar telegramas a la Liga de las Naciones para que intervenga en este indecente espectáculo internacional; deben protestar ante el gobierno francés por su absurda e impráctica actitud neutral y hacer llegar su protesta a todos los centros culturales del mundo.

La muerte de García Lorca puede ser el prólogo de una tragedia espantosa. ¿Seguirá el asesinato de nuestros mejores novelistas, poetas, hombres de ciencias, educadores? ¿La destrucción del Prado, el cierre de las universidades, la quemazón de los libros, la supresión de revistas y periódicos?

Los dictadores de nuestro continente se callarán, regocijados con la muerte del poeta libertario. Pero que no se callen nuestros intelectuales ni nuestros trabajadores, porque mañana les llegará su hora, a ellos, que hoy se creen en seguro. Ya llegó la hora de la espada, que pedían los retrógrados de América; la hora de los sicarios, de los traidores, de los que sienten vergüenza de su fealdad frente a los hombres cultos, buenos, inteligentes.

Soneto a Federico García Lorca

= Envío del autor. Madrid, 15-9-36 =

No lloran, Federico, que estallaron
las cuerdas de tu Sur atormentado;
y galopa, de fuga, amedrentado,
el eco del fragor a que callaron.

Las Gracias que tus versos despertaron
y en libres resonancias han mimado,
volviéndose al poeta asesinado,
de piedra calcinada se tornaron.

No llora, Federico, que enrojece,
la entraña que en romances palpitará
con ardor de cadáver estremecido:

por pueblo que tu verso se mece,
impune tanta ofensa no quedará,
si a este pueblo costara cada vida.

Lino Novás Calvo

A Federico García Lorca

= De Nosotros. Buenos Aires, setiembre de 1936 =

Matan, sin luz, la esperanza
puñales de aguda pena:
la voz de los telegramas
con tu muerte en cada letra.

Federico García Lorca,
gitano, puro poeta,
alma de encendida lumbre,
carne de flores morenas.

Los fusiles daban gritos
de relucientes alertas;
en las callejas dormidas
vagos temores despiertan
y una furia de herraduras
repica sobre las piedras.
Rebeldes vienen armados;
igual que lobos te cercan,
y te apresan Federico,
y te atan, y te llevan,
como a Antónito el Camborio
lo llevó la "benemérita".

Del cielo tirante, a plomo
cayó tu palabra en tierra,
tu palabra ¡para siempre!
como quebrada saeta.
Ocho dolores te abrieron
las ocho balas siniestras,
cada dolor una herida
y en cada herida una estrella.

¡García Lorca, García Lorca!
¡tu cuerpo sobre la arena,
tu cuerpo yerto, embozado
en la noche, capa negra!
La Luna, pálida novia,
tu frente dormida besa.

Granada soñaba el mar,
Fuentevaqueros te sueña...

Tristán Fernández

A. Torres Rioseco

JOHN M. KEITH & Co., S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipo para oficinas (Globe Wernicke Co.)
Implementos de goma (United States Rubber Co.)
Máquinas de contabilidad MONROE
Refrigeradoras Eléctricas GRUNOW
Planta eléctrica portátil ONAN
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Company).
Conservas DEL MONTE (California Packing Corporation).
Equipos KARDEX (Remington Rand International).
Maquinaria en General (James M. Montley, New York), Etc., Etc.

JOHN M. KEITH,
SOCIO GERENTE.

RAMON RAMIREZ, A.
SOCIO GERENTE.

Carta de Marcelino Domingo al general De Castelnau

= De El Mono Azul. Madrid, 24, setiembre, 1936 =

He leído su artículo en "L'Echo de Paris". No comentaré la expresión "Frente crapular" que usted emplea; no discuto ni su buen gusto ni su elegancia espiritual. No queriendo oponer ningún adjetivo a tales adjetivos, me limito a exponer lo siguiente:

1º Los españoles que usted defiende son los generales que dieron su palabra de honor de servir al régimen con toda lealtad y han faltado a su palabra, rebelándose contra él. Si como general usted considera honrado este proceder, lo siento por usted.

2º Los españoles que usted defiende no son españoles, en su mayoría. Son marroquíes traídos de Africa para invadir España y someterla. Si como general del Ejército de un país que tiene grandes responsabilidades en Marruecos usted cree defendible este proceder, es indispensable que lo diga con toda claridad. Es preciso, en efecto, que todos sepamos si existe un general francés que considere legítimo el derecho de los marroquíes para llegar a Europa y batirse contra los habitantes de uno de los países que suscribieron con Francia el Tratado de Algeciras.

3º Los españoles que usted defiende fueron todos germanófilos apasionados en una época que todavía no hemos olvidado: la de 1914 a 1918. Por causa suya, España no pudo poner su Ejército al lado del de Francia. Esos mismos españoles siguen siendo germanófilos, y la prueba se halla en el saludo que el rebelde Cabanellas ha dirigido a Hitler. Sería conveniente, sin duda alguna, que el general De Castelnau reiterara la expresión de su simpatía por unos rebeldes que, en caso de triunfar, entregarían a Italia el Norte de Africa y a Alemania los puertos de las Baleares, lo que no facilitaría, ciertamente, las relaciones de Francia con sus colonias africanas.

4º Los españoles que el general De Castelnau llama del "Frente crapular", han sido, por el contrario, francófilos entusiastas en la época en que los hombres que él defiende eran germanófilos. Azaña y Prieto lo eran tanto como yo. Todos los republicanos y todos los socialistas han sido, y siguen siendo, francófilos. Durante la gran guerra, Alfonso de Borbón, entonces rey de España, con la misma ingeniosidad y la misma elegancia espiritual que el general De Castelnau ahora, nos llamaba "la canalla". "La canalla", en 1914, y el "Frente crapular", en 1936, son la misma fuerza en la que Francia siempre ha encontrado ayuda, y con la que podría contar, llegado el caso de un nuevo peligro, que, desgraciadamente, nadie puede ignorar.

Si vencieran los que el general De Castelnau defiende, España sería para Francia una nueva frontera alemana. Vencedor el "Frente crapular", España no sería nunca una frontera para Francia, a la que siempre tenderá la mano, aun en el caso de que no se viese la mano de Francia tendida "con la misma cordialidad hacia España".

Y nada más, general De Castelnau. No le envidio sus adjetivos, ni sus inclinaciones espirituales, ni sus amistades extranjeras. Le invito solamente a reflexionar sobre estas observaciones. Nunca pensé que

Los "Valores de la Civilización" por Bagaría.



EL RIFEÑO.—¿En qué se me nota que no soy un obispo de veras?

(Nota del caricaturista.—Perdonen los rifeños las comparaciones)

La obra de los "patriotas"

El rifeño en Extremadura

= De El Sol. Madrid, 20, Agosto, 1936 =

Dos mil años han sido necesarios para que se viera este milagro. Puede contemplarse, para ejemplaridad, en el frente extremeño. Curas con su trabuco bajo la axila dan el brazo al rifeño que pasea con el fusil al hombro y lleva oculta la guma de su casta bajo la chilaba. El discípulo de Cristo se ha reconciliado con el rudo discípulo de Mahoma. Su buen fin es el de asesinar cristianos. Por lo menos, y en su inmensa mayoría, a gentes que han sido bautiza-

un civil se viera en la obligación de hacerse a un militar, ni que un español pudiera encontrarse en la dolorosa obligación de expresárselas a un francés.

Marcelino Domingo
Ex-ministro de Instrucción Pública
de España

das en la religión cristiana. No del musulmán culto, heredero del árabe andaluz, sino del jarqueño del Rif, bárbaro en su religión como es en la cristiana el cura trabucaire.

El jarqueño no compromete nada. Ha sido llamado, contratado, pagado, para asesinar a su enemigo histórico: al cristiano. Con ello gana dinero, gana honra y gana el paraíso de las huérfas. El sacerdote de Cristo, ¿qué gana en cambio? Gana obispos, gana señoritos, gana generales.

Mal negocio para el sacerdote del Vaticano. El sacerdote de Roma, que fundó su Iglesia sobre la fe de un pobre pescador, testigo y propagandista de los ideales proletarios de un pobre soñador de Galilea. El hijo del carpintero rural.

Mal negocio, decimos. El rifeño enarbola hoy, como lo hizo desde hace siglos, su media luna de acero. Y de paso, roba al que le paga. Es lo que corresponde. Raja vientres cristianos; siega senos de madres proletarias; abre pechos que combaten por una civilización que él no podrá comprender jamás, porque carece de la idea de libertad en el derecho y aun de la idea de un Estado democrático.

Cuando su furia de optimido por el europeo catolicista se siente libertada de su enemigo tradicional, el cristiano, y ve que se le llama a colaboración en una obra de destrucción y de odio, el marroquí salta como un tigre a la primera fila. Asesina al pueblo y roba de rechazo a su contratista. Cuando vuelva a la jarca, llevará ocultos entre los pliegues de la chilaba un rosario y un cáliz. Merece ese premio, "ad majorem Dei gloriam". Del Dios de los traidores.

In angello cum libello—Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,

un buen cigarro y una copa de

ANIS IMPERIAL

SUAVE—DELICIOSO—SIN IGUAL.

FABRICA NACIONAL DE LICORES

SAN JOSE, COSTA RICA

A los amigos y camaradas de América

= Envío de la Alianza de Intelectuales Antifascistas para Defensa de la Cultura.—Marqués del Duero, 7.—Madrid, a 7 de setiembre de 1936 =

Camarada Joaquín García Monge.

Repertorio Americano,
Costa Rica.

Querido camarada:

Nos dirigimos a usted, por la significación que le corresponde dentro de ese país, con el objeto de hacerle llegar una iniciativa, que esperamos contará con toda su simpatía y apoyo.

Un grupo de hispanoamericanos de la Alianza de Intelectuales Anti-fascistas de Madrid, íntimamente solidarizados con la lucha que libra actualmente el pueblo español, nos hemos constituido en Comité Hispanoamericano para hacer llegar a todos nuestros amigos y camaradas de América la verdad auténtica sobre los acontecimientos de España. Nos dirigimos a todas las organizaciones de escritores y de estudiantes de nuestros países, a todas las organizaciones sindicales y políticas del proletariado y a todos los que individual o colectivamente se sientan solidarizados con la España antifascista para que organicen comités o asociaciones de amigos del pueblo español que, en contacto con nosotros, hagan llegar hasta el último rincón de nuestra América el eco de la lucha heroica de los obreros, los campesinos y los intelectuales de este país por una España libre, por una humanidad libre. Los comités y organizaciones que se constituyan se pondrán en comunicación con nuestro Comité Hispanoamericano, que se encargará de enviar diariamente material de propaganda sobre los siguientes puntos:

1.—Carácter brutal y canaliesco que la sublevación militar y fascista ha dado a la lucha contra el pueblo español, y las atrocida-

El mono, agradecido, por Bagaría



— Por primera vez estoy satisfecho de los hombres, que han sabido dignificar la palabra "mono".

dades cometidas en las regiones que lograron someter temporalmente.

2.—Heroísmo del pueblo español, casi inermes, contra el ejército dotado de todos los

Omer Emeth...

(Viene de la página 264)

da con tesón admirable y con clara buena fe, merece el respeto de la gente culta. Pero tal labor está destinada a perderse en el montón de los diarios viejos si sus discípulos no recogen en volúmenes ordenados en secciones temáticas, como fuera de descartar, sus numerosos comentarios bibliográficos.

En 1909, "El Mercurio" de Santiago imprimió un libro de Omer Emeth con el pomposo título *La vida literaria en Chile*. Además de ser tan enfática la denominación, es inexacta, porque hasta ver el índice para comprobar que lo chileno es sólo una parte del contenido del libro. De ahí que ahora yo pida, si se piensa recoger su producción dispersa, ordenamiento de temas y criterio crítico.

No tuve por Omer Emeth simpatía intelectual. Leí en contadas oportunidades sus crónicas literarias. No me gustaba su dogmatismo ni su afán europeizante. Por otra parte, manejaba mal el idioma; su estilo era opaco, sin inteligencia. No conoció el matiz idiomático ni la armonía de las voces. Pensaba en francés (D. Emilio Vaise era sacerdote de la Francia realista y conservadora) y escribía en español. Esa fue su tragedia y su limitación.

De sus estudios críticos se destaca la crónica feliz y aguda sobre James Joyce. De ahí que yo, adelantándome a los eruditos colectores, la señale en el vocero más ágil que tiene el mundo bolivariano: *Repertorio Americano* de Costa Rica. Se publicó esta reseña en "El Mercurio" de Santiago de Chile a 14-III-1926.

Norberto Pinilla

elementos militares y abastecido por los arsenales del fascismo extranjero.

3.—Los esfuerzos del gobierno y del pueblo español para salvaguardar el tesoro artístico, creación admirable de tantos siglos pasados, haciendo accesibles a todo el pueblo, en los museos públicos y bibliotecas, las obras de arte que los privilegios mantenían ocultas en sus viviendas privadas o en las cajas de seguridad de los bancos. Señalar al mismo tiempo la obra destructora de los generales facciosos al convertir los monumentos artísticos y las catedrales en fortalezas y cuarteles desde los cuales llevan la lucha homicida contra el pueblo español.

4.—Señalar la labor realizada para la protección de los niños y las mujeres desamparadas y para resolver la mendicidad, una de las lacras de la España feudal, subsistente hasta ahora.

5.—Ilustrar por todos los medios la honda renovación que se está operando en la vida española como consecuencia de la lucha actual, destacando el nacimiento de fuerzas y de organismos nuevos que, al borde mismo de la guerra civil, están forjando una España ejemplar.

¡Por la simpatía y la solidaridad de todas las conciencias libres de América con la lucha del pueblo español! ¡Camaradas de América, en pie con los camaradas de España!

Esperamos de usted que se ponga rápidamente en comunicación con nosotros para que quedemos enterados de la constitución del comité de ese país y podamos coordinar una acción común para el presente y para el porvenir.

Salúdale cordialmente,

**El Comité Hispanoamericano
de la Alianza de Intelectuales
Antifascistas**

Hay que estar al lado de Madrid

Barcelona 29 (4 t.).—El publicista Rovira y Virgili dice en *La Humanitat*:

Todos los pueblos de la Península en estos momentos que pueden ser decisivos han de estar al lado del Madrid republicano y obrero; han de estar por la simpatía cordial que el mejor Madrid inspira a los hombres de corazón liberal y generoso; han de estar por la exigencia de la solidaridad bélica, en virtud de la cual cada uno siente los efectos, buenos o malos, de lo que en los otros frentes ocurre; han de estar porque al ser batidos los facciosos que querían apoderarse de Madrid, será más segura y más próxima su derrota en los otros frentes, y su hundimiento, general y final. Hay frentes múltiples, pero relacionados fuertemente. Hay unidad de enemigo, y por lo tanto, ha de haber unidad de colaboración y dirección por parte de las diversas fuerzas políticas sociales que constituyen la gran alianza antifascista. La amenaza sobre Madrid es amenaza sobre Barcelona, sobre Valencia, sobre Málaga, sobre Bilbao. Un catalán y un vasco que piensen hoy en la suerte de Madrid piensan asimismo en la de Cataluña y Vasconia.

(De *El Sol*, Madrid)

Ahorrar

es condición sine qua non de una vida disciplinada;

Disciplina

es la más firme base del buen éxito.

La sección de AHORROS

— DEL —

**Banco Anglo
Costarricense**

(el más antiguo del país)

está a la orden para que Ud. realice ese sano propósito:

Ahorrar

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
SUSCRIPCIÓN MENSUAL: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—JOSE MARTI.

Exterior:
El semestre, \$ 3.50
El año, \$ 6.00 c. am.

Giro bancario sobre
Nueva York.

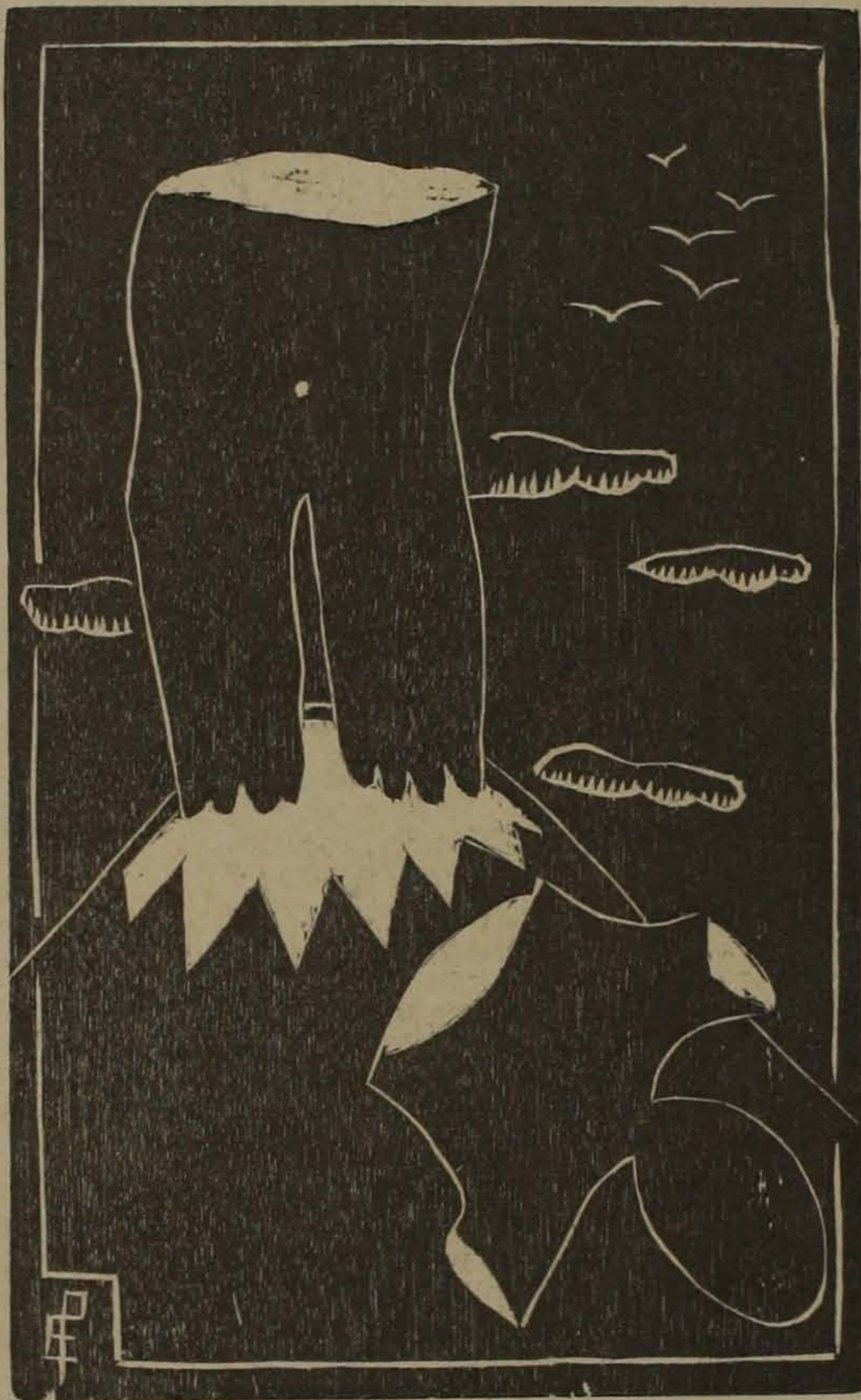
La última exposición de artes plásticas abierta en San José el 12 de octubre del corriente año afirma las impresiones que otras anteriores nos han ido dejando. Críticos y artistas caen en formulismo y cerrados dentro del campo de la limitación técnica y estetizante, impugnan limitaciones más amplias como la política, puesto que éstas pueden comprender a aquéllas. Recordemos que el fresco de Fernando Leal por ejemplo, "La escala de la vida" en el edificio de Salubridad Pública de Méjico, es hermoso y a la vez, cabe decir, político porque esas recias figuras que viven con intensidad momentos de amor, de juego, de holganza están vueltas hacia el porvenir, han alcanzado la postura desembarazada, el movimiento armónico que da el vivir los propios derechos, aunque el artista las presente en cuerpos de indios que en el lejano ayer de la injusticia vistieron indumentaria de proletarios. Hombres y niños y mujeres han sido allí tratados con intención relevante, los anima una fuerza propulsora, la voluntad de un artista los lanza hacia adelante, y hacia allí irán. Pero nuestras gentes del pueblo, pintadas por estos Leonarditos de la 8ª. exposición que han perdido el sentido de las proporciones, vuelven hacia atrás la cabeza y se petrifican como estatuas de sal. Seguirán diciéndonos de un pretérito que la celeridad de los acontecimientos hundió vertiginosamente en las páginas de lo histórico, harán maña literaria con el retrato del personaje tal o cual e intransigentes con ese aspecto literario de lo pictórico condenarán la serie de sugerencias de tal orden que en este hermoso fresco de Fernando Leal construye monumentos de un genuino optimismo.

Recordemos a Ruskin: "Si un poeta le canta a la amada desaparecida, puede impresionar, pero si un avaro le canta al tesoro que perdió, no impresiona a nadie". Y en este modo de tratar al campesino, al negro, al proletario — de nuestros artistas, canta el avaro, — el avaro de sus propias conveniencias, que lleva en la cuidadosa contabilidad de su renombre, la conciencia de su cobardía al Debe, y al Haber los artificios deslumbrantes de que se vale. Sin embargo, algunos de éstos tienen tique revolucionario. El dios Demos también podría decirles: "Este hombre me alaba con los labios; pero su corazón está lejos de mí".

Impresiones de una exposición

Por EMILIA PRIETO

— Envío de la autora. Costa Rica y noviembre de 1936 —



La cumbre del fracaso

Madera de Emilia Prieto

Repetimos — sería mucho pedir que les interesara el dolor o la esperanza ajenos. Hay que encenderle candelas a la Gioconda para que los haga notabilidades de campanario. Amontonan erudición — a eso llaman cultura; — como los aristócratas, sólo se tutean con los eruditos, y a quien diga que Cezanne fué sustituido por Clemente Orozco lo mandarán a barrer la cocina por lo de la cultura superficial y la pretensión revolucionaria.

Tienen su grupo esotérico que cavila sobre infinitesimos de matiz. Una especie de "trust" o sociedad nepotista con las ventajas de que se tomará más en cuenta a cualquiera de los inscritos en ella, aunque no esponga, que a los mismos expositores. Sólo ellos saben el misterio de la Esfinge; por desorientar hablan mal de grupos menores, pero hay

que ver los bombardeos de erudición con que arremeten contra el que, no siendo de ellos, sino una alma ingenua y sencilla, los aventaje, como ocurrió en la 8ª exposición. Es toda una organización con compadres y demás para hacer triunfar la gran teoría estética de la estampa lustrosa.

Hay que soportar, en esta exposición, la preponderancia de lo objetivo y la supremacía de la destreza técnica sobre la fuerza vivificadora de la emoción. A propósito de esto, se nos viene la historia aquella del hombre de circo que se ganaba la vida calcando con puñales, que iban quedando clavados sobre una tabla, los contornos del cuerpo de la esposa con certera y emocionante puntería. Un día la esposa fué infiel, surgen reacciones pasionales, pero para nadie

tan fácil como para aquel hombre lo de matarla. Así lo creyó él, pero se interpuso la puntería precisamente, la destreza, el oficio ejecutado por años y años todas las noches, y la puñalada pasional, la de la venganza, la que iba bordeando el seno izquierdo al ejecutar aquel trágico dibujo, nunca pudo llegar al corazón, falló siempre, por diestra, y la mujer debió morir al fin anciana y de muerte natural.

Lo subjetivo está olvidado allí, como decíamos. Estos señores pintores no tienen dentro de sí mismos nada que decir. A la memoria nos viene un recuerdo más o menos confuso de casas, ventanas, naranjas gentes, pero la ecuación personal, el mensaje, la introspección que nos independice de las realidades aparentes, del prosaico y terrible saber que los zapalcos son verdes y nos lleve al mundo intelectual de la interpretación y la ingeniosa equivalencia, no sólo no aparece sino que hay de quien intente expresarse así! Es persona de vida interior, única vida ultraterrena posible y esa tiene mucho que decir — es mejor eliminarla. Dentro de este aspecto, ninguno ha logrado dar la nota firme, ni siquiera de estilo. Se pierden en tanteos y ninguno se realiza, para usar la jerga de ellos que propalan con petulancia. Seguirán amontonando cosas sin crítica, no podrán alcanzar otra visión que la del topo y el cauce político en que muchos podrían salvarse, no les interesa. ¿Por que no nos dicen cómo es la imbecilidad, por ejemplo, la mentecatez con su realidad apastante, para aprender a conocerla? ¿Por qué no buscan en la paleta el color subrealista de la injusticia y la intriga y las pintan donde todos las vean? Y en las líneas, ¿por qué no buscan el canon metafísico de lo hipócrita y lo falso?

Cualquier intento de evocación de Chirico, resultaría allí como los golpes del mazo en el muro viejo de que hablan las Escrituras. Salen de entre los huecos de la desmoronada argamasa, precipitadamente, los abejorros y las cucarachillas anónimas de la incompreensión o los alacranes de la astucia que por cálculos o por impotencia pretenden desconocerlo.

Y para referirnos a lo de que en arte no hacen falta ideas sino formas, hemos de terminar las presentes consideraciones con Dario: "... y al que nos diga: "Son cosas de ideólogos", decir que no somos otra cosa".